

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



1999-2024: Cómo han cambiado nuestras vidas (1/2)

FUNDADO EN 1943
Papel Literario 80 AÑOS
DOMINGO 4 DE FEBRERO DE 2024

Dirección Nelson Rivera • Producción PDF Luis Mancipe León • Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez • Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com • https://www.elnacional.com/papel-literario/ • Twitter @papeliterario

Ada Iglesias

Ahí no

Me preguntaste y la respuesta fue rápida: “No, no la extraño”. Con un matiz: “Salvo por la montaña, mi referencia para entender el norte”. La pregunta siguiente podría haber sido “qué norte”. Porque, en la ciudad en la que nació, siempre fue difícil tener uno. Y más complejo, seguirlo.

Cuando leía *Liublana*, novela de Eduardo Sánchez Rugeles, centrada en sus recuerdos de nuestro común origen, que no es el eslavo, tuve que releer un párrafo:

“Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que Caracas, como un cáncer inoperable, estaba enredada en lo más profundo de mi memoria”.

En el texto, yo había relacionado la ciudad con un tumor que se queda en el cuerpo hasta matar, porque la ausencia de contenidos vitales es un daño que carcome. Pero se refiere a lo que llama “las cosas invisibles” que se echan de menos y desconocemos que se llevan dentro. Ese tumor paraliza. Ni ligereza ni anclaje.

Para mí fue el lugar del que aún no puedo escribir, aunque mírame... Ese valle fértil con vectores de color y algarabía: cuenco donde empotrará demasiadas expectativas.

Y tendría que haber sido también la llave, el sustrato, un hogar al que se espera volver.



NIÑOS EN BRAZOS DEL FUTURO / TALLER EXPERIMENTAL

¿Y si fuera una ciudad artificial, de esas que se configuran sobre ensoñaciones sin proyecto? ¿Y por eso lo inacabado, la fragmentación, casas sin prórroga, discurso blando, humor flojito, niña de maquillaje y el quién sabe qué?

Solo permanece la montaña, sí, mi único norte.

O los afectos que pedían permiso, saludaban, preguntaban por la familia, por lo que hacía. Curiosidad bonita, al menos, la que me rodeó. Pero son educaciones, más allá del lugar.

Las ganas de atortolarse, de estar en romance o esperarlo. También lo recuerdo. El clima, el aire, la exuberancia que acicalaba el hambre. Y eso, eso, ¿no lo extrañas?

No. Ahí no. Lo extraño en ti.

Alejandro Martínez Ubieda

Un inasible paisaje emocional

Huida en masa. Los que se van y los que se quedan. Ríos de gente que, sin saberlo, repite los sucesos del durísimo 1814: “En la mañana del 7 de julio salió el grueso de la emigración, calculada en unas 20.000 personas...” Unos tomaban el llamado “camino de la costa”, llegando por la orilla del mar a Piritu, y otros el “camino de afuera” que desembocaba en Clarines. Pero ahora la emigración no es a oriente, sino a cualquier lado, al norte, al sur, siempre que parezca posible resguardarse de la persecución o el hambre. Como pueblo, entonces, tenemos experiencia. Bolívar y Chávez.

La distancia marca el paisaje súbito, las nuevas palabras, nuevas lenguas, los nuevos modos sustituyen los que creímos definitivos. Ya no están. Muchos eligen transformar la montaña en símbolo de aquella vida y se hacen cófrades del culto al Ávila, que ahora vive en fotos y cuadros en casas, ranchos y pensiones en Lima, Buenos Aires, Málaga y Melbourne.

Pero un cerro no es más que los amigos. Ese cerro, aunque resalta con majestuoso misterio, no es sino una suplantación de los rostros de los amigos, una coartada para no ver la magnitud de la verdadera pérdida. Cada imagen del Ávila debe ser sustituida por una foto, por muchas fotos de nuestros amigos. Debemos poblar casas, ranchos y pensiones de fotos de nuestros amigos, para que sigan siendo parte de la vida que siempre fue, para simular que les mostramos el nuevo disco de Peter Gabriel, para recordarnos que no podemos engañarnos porque conocen nuestras flaquezas recurrentes, para contarles de nuevo el viejo chiste del cocodrilo que insólitamente pidieron en cada encuentro por décadas, para repetir las conversaciones a veces circulares que no concluyen en nada porque algunos misterios de la vida nunca se resuelven, para aguantarles impertinencias con la esperanza de que estén disponibles llegado el caso para retribuirnos en los mismos términos.

1 Diccionario de historia de Venezuela, Fundación Polar, 1988.

Alejandro Sebastiani Verlezza

Instantánea

Se levanta el padre por la madrugada. Agarra la cartera, el peine, las cajas de cigarrillos, el reloj y las llaves. Sale del apartamento. Baja a tomar café en el negocio del paisano. Comentan las noticias, fuman, ríen. Después alza el capó del inmenso LTD anaranjado. Mide el aceite, ajusta los bornes de la batería. Con cuidado pasa la llave, da lentos toques al acelerador. Abre la maleta y busca el destornillador, lo limpia con el trapo. Es domingo, tal vez al mediodía. Está en la llanura infinita. El balón gris de rombos negros baila con desparpajo en sus pies. El barco retorna por el boulevard de El Cafetal y se enfila hacia la autopista. Mientras el cigarrillo se le desvanece con la brisa tibia repasa en voz alta los avisos y se ríe. Años más tarde el hijo visitó “la llanura”. Era un terreno, como el patio caluroso de los sueños. La constatación duró un par de segundos: simplemente se detuvo a recuperar el momento. Mientras la ciudad seguía en su tremor, recordó la tumba del padre, kilómetros más arriba, en La Guairita; ya despojado de toda pena, reposa plácidamente en la dicha de los que cumplieron, tanto como quisieron y pudieron.

Ada Iglesias

El punto indistinguible

Cuando alguien me recomienda leer libros de autores venezolanos, específicamente, de quienes publican desde sus nuevas vidas, a menos que se trate de motivos laborales, suelo aplazar la lectura. Voy a explicarlo, un segundo, por favor.

El inmigrante escritor ejerce su vocación en las condiciones en las que muchos lo han resuelto a lo largo de la historia: hilvana contenidos de vida con todos los que escriben desde su origen común y su destino diverso. El origen es el hilo que le ampara; el destino es el desprendimiento, el espacio donde debe “soltar” su memoria.

Y es en el primer despunte donde quedo estacionada. Temo hallar el quiebre de todos, la decisión autoimpuesta y el despliegue tristísimo que acompañó la salida, los millones de caminos para ejercer el abandono. Prefiero leer a los autores desde su nueva identidad social. ¿Cómo están ahora? ¿con quién toman su café? ¿qué significa escribir desde otro idioma?, ¿y es posible adoptar el nuevo vocabulario? ¿se sienten inmigrantes despatriados o asimilados?

Recuerdo que me obsesionaba con que cada ausente era un triunfo para los malvados. Pocos meses antes de marchar escribí lo que titulé “Razones para un • de partida”. Y el punto era así, un manchón que pretendía ser aleph y pozo. Y sé que guardé el texto en un sobre, sin que lo haya revisado tras casi veinte años.

Pensando en estas líneas, tuve la tentación de darle un vistazo. He estado buscando el sobre y no lo encuentro. ¿Y si ese extraño o la ausencia definitiva de mis razones es el colofón a tanto barrunto desguarabilado? ¿Y si son páginas de una coartada que no debía a nadie, ni a mí misma?

Que, en definitiva, quiero aprenderlos, encontrarlos en las pequeñas o grandes historias de lo que descubrimos y en los recuerdos del futuro. No en la flagelación, no en la pérdida.

(Pero..., si estoy casi de pie, inquieta... No miré aún en ese sitio del armario... Voy... Debe estar ahí. El punto, hay que hallar el punto).

Albinson Linares

El país vive en una pantalla

Mi obsesión por conocer Venezuela es una de las más remotas aficiones que recuerdo. Supongo que, al ser tachirense, entendí desde muy joven que para comprender mi país tenía que recorrerlo porque vivía en las postrimerías de la patria. Así que lo caminé, lo manejé, y volé de punta a punta en las homéricas odiseas vacacionales de mi familia. Por supuesto, fatigué casi todos sus estados buscando historias.

Desde hace 25 años, toda esa exploración presencial ha mutado a las pantallas, a una experiencia dialéctica remota. Vivo el país, lo sufro, me río con él, me atormenta de cuando en cuando, pero ya no estoy ahí. ¿O quizá lo sigo habitando como un espectro?

Toda mi mediación afectiva, ontológica, pasa a través de las pantallas. Grandes cuando se trata de ver alguna noticia, o mínimas cuando son las conversaciones en video con amigos y familiares. A veces, solo son voces que nos susurran al oído.

El país es una pantalla, a veces es un código. Es el país de los exiliados con chistes privados, de la críptica jerga beisbolera, de la música que nadie más escucha, de las hallacas que no son tamales, de los jonrones de Cabrera, del campo que para uno siempre será el llano, de las montañas que siempre son cerros, de las matas de mango, del plato de peltre con un carite frito y un ruinoso ventilador que escupe aire caliente en un restaurante a las orillas del Caribe, mientras la Dimensión Latina suena a todo volumen.

El país también es, cómo no, este *Papel Literario* que pugna por conseguir nuevos registros y ser leído en pantallas por todo el mundo, como la savia intelectual, como las ideas rebeldes que terminan siendo la proximidad de la patria. En un mundo signado por los clics y la interacción digital, no hay una apuesta más radical que el documento, el PDF como una proclama de rebeldía.



OBRA / TALLER EXPERIMENTAL

1999-2024: CÓMO HAN CAMBIADO NUESTRAS VIDAS (1/2)



DE LA SERIE VENEZUELA DEPRESIÓN / ©DANIEL HERNÁNDEZ

Alexis Romero

También esto es un lugar común

El chavismo es nuestra barbarie sin disimulos. Nunca llegó, siempre estuvo con nosotros. No eran aquellos y aquellas, éramos nosotros. Siempre nos mentimos; no quisimos conjugar el plural. En los lugares donde debía ocurrir la convivencia, gritábamos en voz baja, casi susurro: Yo nunca fui. No nos dimos cuenta de que nuestras negaciones serían las casas de la violencia, el saqueo, la humillación y la expulsión. Nos ha costado comprender, aceptar y conjugar que fuimos expulsados. Sí, expulsados, negados, excluidos, por la oscura obra de nuestra indiferencia, resignación y misérrima racionalidad: la barbarie del pensamiento mágico y su método de destrucción: el adanismo. Temimos ser reales, a pesar del imperativo del asombro de Rafael Cadenas: "Seamos reales". Elegimos amar el engaño. Es decir, depositamos nuestras vidas en la destrucción, no en la construcción.

El chavismo son los poetas que amamos, a pesar de sus firmas y silencios ante la injusticia y el crimen. El chavismo es una palabra sin resplandor. Es una filial del Mal. Nunca ha sido una opción política, un senda racional y razonable. Es la venganza de lo fácil. Es la burla de la falsa fiesta minera. La carpa, nos decía Cabrujas. La pendejada, reinterpretando a Uslar Pietri. El masomenismo, comprendiendo a Luis Ugalde. Los cráteres, de Luis García Mora.

Nos quedamos e insistimos en el pasado de la democracia. Somos enemigos de la revisión, reconstrucción y actualización. Es histórico nuestro desprecio actual por el conocimiento. Esto es un lugar común. A esto lo llamamos pesimismo, no radiografía cultural. Seguimos a la espera de un salvador o de una salvadora. Alguien que haga por nosotros y nosotras. También esto es un lugar común.

Tenemos nuestro propio Holocausto, nos dijo una vez nuestra amada Yolanda Pantin. Aprendimos, expulsados, a ver nuestras internas y externas alambradas de púas. Estamos aprendiendo a derribarlas, a arrancarlas de nosotros y nosotras.

Alfredo Baldó Michelena

La mayor pérdida

Hace diecinueve años, las estrecheces económicas y el terror de Lilliana a que la tuvieses pariendo noventa horas antes de practicarle la deseada cesárea, nos impulsaron a volar de regreso a Venezuela.

La decisión no fue fácil, y cuando al final nos pusimos de acuerdo, al sacar el balance de lo que ganábamos y perdíamos, una de las coincidencias fue la alegría de que el niño viniera al mundo "allá".

Así ocurrió, pero pasado un tiempo, ciertas razones no muy difíciles de intuir en un país con serias tendencias autodestructivas, nos invitaron a cruzar nuevamente el Atlántico.

Desde entonces (quince años sin volver a Venezuela), esta pequeña familia, prácticamente sin salir de ella, ha permanecido amarrada a Madrid. No obstante, hace cuarenta y nueve días, Alfredo, nuestro hijo, voló del nido hacia otro país para hacer realidad su sueño de perfeccionarse como compositor.

Está deslumbrado en su nueva ciudad. La tecnología ya no hace tan insoportable la distancia, y gracias a la misma la comunicación es abundante. Todo nos lo cuenta (al menos eso creemos nosotros), y a propósito de eso, el otro día comentó algo que en principio nos "pegó", pero que luego, bien pensada la cosa, acabamos comprendiendo. El caso es que, cuando le han preguntado de dónde es, a pesar de haber nacido en Caracas, ser descendiente de venezolanos de pura cepa y poseer un pasaporte italiano, él ha dicho que es español, de Madrid.

Tal circunstancia, aparte de indicarme que el muchacho más le hace caso a sus tripas que a cuanto indican los documentos, también me ha hecho reflexionar acerca de la mayor pérdida que ha sufrido Venezuela durante este proceso de aniquilación, la cual no es precisamente la incalculable suma de dinero y riquezas materiales que a tantos deja pasmados.

Alicia Ponte-Sucre

Comparto lo que es inmutable

Corría el año 1999, la Fundación Alejandro de Humboldt, Alemania, me había galardonado con una beca para realizar mi año sabático en la Universidad de Würzburg. Medio año antes habíamos estrenado presidente de Venezuela. Mi esposo Horacio Vanegas y yo partimos hacia Alemania ilusionados con este nuevo episodio de vida. Venezuela estrenaba rumbos inciertos. Ese 15 de diciembre ocurrió el deslave de Vargas. Simultáneamente ese día, se llevó a cabo un referéndum aprobatorio de la Constitución de 1999. A pesar de la tragedia en las calles, no se suspendió el referéndum. No estuvimos presentes en el país durante ese episodio inenarrable que ha representado de forma simbólica el devenir del país.

Mi familia vivió de cerca el evento; un pequeño hermano vivía en Naiguatá, los cuatro hermanos varones grandes, motivados por la situación del pequeño y de muchos otros venezolanos, colaboraron incansablemente por rescatar personas. Narrar o identificar los cambios ocurridos en nuestras vidas desde entonces sería tarea titánica, que el deslave ha persistido no es un eufemismo.

Este 8 de noviembre fue el bautizo del libro de Rodolfo Izaguirre *Lo que queda en el aire*, un poema de amor y esperanza, en la Librería El Buscón.

En 1999 apreciaba las cosas hermosas que ocurrían en Venezuela; hoy, 24 años después las amo aún más. Queda en el aire este sentimiento inmutable que compartimos los convencidos de que Venezuela es un tesoro, ese miércoles fue palpable. En torno a los que asistimos revoloteaban el maestro Rafael Cadenas y Rodolfo Izaguirre, ejemplos de constancia y compromiso con el país, incluso en medio del deslave continuo. Ellos son modelos para la historia en el seno del cambio constante que representa la vida del venezolano, fuera y dentro del país, hermanados por la esperanza y la fortaleza de seguir buscando nuestro norte.

Alicia Ponte-Sucre

Sigo enamorada de mi país

Nelson Rivera nos invita a compartir nuestro testimonio sobre cómo ha cambiado nuestra vida en estos casi 25 años. Me vienen a la cabeza miles de ejemplos.

Sin embargo, lo que comparto implica cómo, dentro de ese cambio —que es sinónimo de la vida: reto y cambio constante— hay cosas que permanecen inmutables. En sí mismo esto, que haya cosas que a pesar de todo no se alteren, representa una forma diferente de vivir, un cambio, dado lo retador de nuestro diario acontecer; lo usual sería acomodarse y arrellanarse para acusar el golpe lo menos posible.

¿Y qué quiero compartir?

Constatar que sigo enamorada de mi país.

¿Y por qué...?

Vivimos una época triste, oscura, demasiado larga. Sin embargo, es notorio que la entereza y el estoicismo que nos caracteriza, nos superamos y seguimos a cada paso, encontrando alegría donde otros pueblos conseguirían solo dolor. ¡Ejemplos abundan que nos asaltan a cada momento, y nos enorgullecen! Organizaciones ambientales o educativas, iniciativas de salud, el trabajo de las instituciones a pesar de la tormenta y el vendaval, y muchas más.

Este reto constante ha permitido el surgir de una legión de venezolanos que amanece cada día con el convencimiento de la necesidad de expresarse por la vía de la civilidad. Una generación para quienes la ayuda social, el compromiso político, la solidaridad, la educación, son herramientas valiosas. Tolerancia, su arma más preciosa para convencer en medio de la diversidad, que en nuestro maravilloso país nos asalta día a día; un ejemplo breve, el diverso bagaje cultural que avala nuestra espontaneidad, algo que nos hace únicos.

Por eso repito con orgullo: somos una legión de venezolanos que podemos llamar "comunes", y que pensamos que en Venezuela cabemos todos, sentimiento que representa crecimiento en fortaleza y madurez frente al reto de vivir aquí.

Alonso Moleiro

A partir de cierta edad en la vida, cualquier vista al pasado que calibre el largo plazo tiende a ser apreciada como si hubiera tenido lugar hace unos meses.

Surcamos los años reteniendo vivencias que se archivan en la memoria bajo la etiqueta de experiencias recientes. Los recuerdos frescos se convierten en tradición, y nos negamos a metabolizarlos para dejarlos ir.

El síndrome del "antier nomás": la renuencia sorda a aceptar que el tiempo sigue pasando, que nuestra presunta juventud no es tal cosa, que vendrán otras novedades, superpuestas a las nuestras, a impugnar nuestro fuero generacional.

En 1999 ya existían los celulares y los mensajes de texto, la televisión por cable, internet y los correos electrónicos. Y aunque pareciera "ayer", todo lo demás ha cambiado.

Eran comunes artefactos hoy en desuso, como los faxes, los compact disc, los buscapersonas y las cintas de VHS. Hugo Chávez ya era el presidente —y ya existía su programa dominical—, pero el ejercicio democrático era aún una certeza.

En 1999 casi nadie había emigrado. Al tibio éxodo profesional de entonces se le llamaba, con un dramatismo algo cursi, "los balseros del aire".

No existían las redes sociales, ni los teléfonos inteligentes,

Álvaro Pérez Capiello

Escritores para todo

Vivir se ha convertido en una experiencia creativa. Los escritores pertenecemos a una rara estirpe de individuos dotados de la cualidad superlativa de la versatilidad. Recuerdo a Juan José Arreola, el autor de *Confabulario* (1952), quien fuera: encuadernador, actor de radionovelas, articulista, comentarista, telonero, y paren ustedes de contar. Las carencias son, pues, los pilares de la creación, porque se escribe desde la propia desesperación. En los tiempos actuales la falta de papel, el cierre de numerosas imprentas, la falta de mecenazgo para impulsar nuevos proyectos, la inflación mundial, y las colas para aprovisionarse de combustible y otros productos básicos, no han mermado la capacidad de soñar y, en el caso propio, de componer novelas. Si bien la realidad, en ocasiones, supera con creces a la ficción, la literatura es sanadora... Apoyando lo dicho, debo confesarlo, los tuits, las alertas sonoras de WhatsApp, o las noticias más comentadas de las redes sociales, deben aguardar su turno, esperar a que la musa abandone las soñadas invenciones paridas a la sombra de un castillo europeo, una mansión derruida, un campo sembrado de naranjos, o una torre de departamentos de Collins Avenue. La capacidad de trascender el instante, es lo que hace grandes a los artistas, si esto no fuera así, no existiría un filme de Chaplin, un verso de Lorca, o un óleo de Modigliani.



DE LA SERIE IN-XILIOS / ©AARON SOSA

Andrea Imaginario

Comencé a dar clases en la Universidad Central de Venezuela en el año 2001. Era muy joven, y aquella decisión me parecía coherente con la vida que imaginaba. Si bien eran conocidas las complejas circunstancias económicas de las universidades públicas desde décadas anteriores, a mí me animaba la perspectiva de sentirme parte de algo necesario y estratégico para el país, que nuestra sociedad reconocía y valoraba pese a todo, y pese a todo, puede dedicarme a esa vida hasta la pulverización del presupuesto universitario y la precarización de la profesión docente, no sin efectos en el imaginario colectivo, tema de este texto. El cambio lo noté cuando, recientemente, alguien me preguntó a qué me dedicaba. Le dije que era profesora en la UCV. Esperaba una de dos posibilidades (más o menos habituales): o que brindara un gesto de aprobación, o que siguiera de largo la conversación con cierta indiferencia. En cambio, me miró y profirió un largo: "Aaaaay, pobrecitos los profesores. Lo lamento". Aquellas palabras me rebotaron la imagen de una derrota, una imagen de rendición y sumisión, muy distinta a cómo hemos imaginado la universidad en Venezuela. Puede que esa no sea una opinión generalizada (de hecho, no la comparto), pero existe y dice mucho sobre el cambio simbólico que se ha operado en el imaginario colectivo. Se han roto las representaciones de las instituciones que nos inspiraban y de los símbolos que nos convocaban. No sería un problema si nuevos símbolos ocuparan ese espacio y resignificaran el sentido de nuestra historia hacia un horizonte compartido, pero todavía no parece el caso. Aun así, creo que esta fractura será reparada. La investigación y la docencia serán parte de eso. O quizá ya lo sean en otros espacios de formación alternativos. Después de todo, también el mundo ha cambiado.

El síndrome del "antier nomás"

ni las aplicaciones para tomar taxis, ni las conversaciones por whatsapp, ni la inteligencia artificial. No había reuniones por zoom, no era posible hacer una videollamada. Las fotos no eran tan comunes como ahora, había que ir a revelar primero; nadie sabía lo que era un *selfie*. Todavía se fumaba en espacios cerrados, se compraba la prensa en los quioscos, y se usaban grabadoras para dejar mensajes en las casas.

Fue 1999 un año con enorme contenido simbólico. Pocas fechas han sido tan puntuales en esto de plantear el cierre de ciclos. Nos sentíamos al borde de un momento crucial: el fin de siglo XX. Cuando 1999 se acabó, con él se comenzó a marchar todo lo demás.

Muy poco después, la democracia venezolana se esfumaba, como los buscapersonas, y los VHS. La diáspora comenzaría a crecer. Llegarían las *selfies*, las campañas contra el cigarrillo, y la prensa digital.

El chavismo subiría el tono; comenzaba la era de las groserías y los enfrentamientos callejeros. Se acabó la sociedad del entretenimiento y el buen humor. El chavismo dejaría su impronta salvaje y su conducta violenta como un recado a la sociedad nacional.

Poco después, la revolución de las redes se terminaría de llevar por delante todo lo demás.

1999-2024: CÓMO HAN CAMBIADO NUESTRAS VIDAS (1/2)



Andrea Rondón García

Otra yo, pero al mismo tiempo siempre yo

No me fui. Nunca pensé en hacerlo. Pero ahora conozco la palabra insilio.

Lloraba muy poco. Pero ahora lo hago ante la menor cosa, de alegría o de tristeza.

Amaba mi carrera. Pero ahora me siento como una simple gestora.

Un preso político era alguien ajeno a mi entorno que desafiaba al régimen. Pero también es un amigo de la universidad que solo ejercía su profesión.

Solo me dedicaba a estudiar, trabajar, tratar de ser la mejor hija y hermana. Pero ahora estoy pendiente de no llegar al “punto de quiebre”. Todavía me asombro de las cosas y no miro la vida con cinismo. Pero cuando esto no ocurra será mi “punto de quiebre”.

Pensé que si hacía todo bien no me pasaría nada. Pero no. Veo personas vestidas de oficina buscando en la basura qué comer y me pregunto qué tan cómplice he sido de esta situación. Me voy muriendo un poquito por dentro.

Descubro que el dolor viene de distintas formas. Los hay propios de la vida. Pero me pregunto si el dolor es más intenso por vivir en este país.

Me sorprende contando compañías que ayudo a liquidar o librerías que quedan en pie.

Se me viene a la cabeza cada tanto *El mundo de ayer* de Stefan Zweig. También se me viene a la cabeza cada tanto el final de Zweig.

Al final todos estamos locos, enfermos o como lo quieran llamar. Es cuestión de grados, solo que unos son más funcionales que otros.

Era agnóstica, casi atea. Pero ahora tengo fe. ¿De dónde vino?, ni idea. Supongo que de donde vinieron las fuerzas para marchar en el 2017 a pesar de los peligros y de mis episodios de ansiedad y llanto descontrolado.

Soy todo este amasijo de sentimientos en febrero de 2024.



Ángel Gustavo Infante

Novato

Cuando comenzó este siglo yo era cocinero en el Caracas Hilton. Mi madrina me enseñó a los diez años. Ella decía que un hombre buenmozo, educado y cocinero podía tener el mundo a sus pies. Ya nadie dice buenmozo, ¿no es así madrina? Ella llegaba por detrás en silencio y me tapaba los ojos, después me pedía que le preparara un postre igualito con azúcar glass y me mostraba el recorte de la revista. Igualito, insistía. Mientras picaba los aliños, me explicaba todo lo del sofrito y me ordenaba un Martini. Me decía: pinche novato, una medida de ginebra y un cuarto de vermú, novato. Y reía con ganas y le salía un destello de su diente de oro. Madrina era como la mujer de Stevenson, aquella que iba con revólver al cinto y fumaba Camel. ¿No crees? Rápido novato, muévete, decía. Así nació el nombre: Novato bistró. El socialismo desfiló por el restaurante celebrando mis platos, hasta que me negué a cocinar en el Palacio. De inmediato me convertí en conspirador, ¿no, madrina?, en apátrida. Novato cerró. Mira mi cuerpo cómo se quiebra: tu *sous-chef* preferido marchando con filipina en la autopista. Todo se derrumbó. La comanda, la lista negra: mira mis sueños cómo se queman. El mundo perdió color, madrina. De pronto me descubrí girando sobre un mismo punto, madrina, sin dirección. Transando con la noche bajé la espiral del fantasma. En la nada me asocié con Negro Chombo para volver a los fogones. Chombo eligió el local, madrina: un viejo contenedor donde al fin pudimos restaurar nuestras almas.



Aura Marina Boadas

GDP está enfermo

He disfrutado siempre de los recorridos como peatona, sin embargo, de adolescente añoraba la mayoría de edad para poder conducir. Estar tras un volante es uno de los compromisos más grandes que haya asumido, por la responsabilidad que implica respecto a la libertad y la vida de propios y extraños.

Me inicié con el carro familiar y desde entonces tuve varios compañeros de desplazamiento, antes de la llegada de GDP. Transcurría el año 2006, cuando un aporte de la caja de ahorro me permitió recibir a “Gente de paz”. Para proteger nuestras andanzas, ambos estábamos asegurados, y anualmente hacíamos nuestro control de salud, con los consabidos cambios de aceite y piezas para él y las vitaminas para mí.

En la década siguiente, lo preventivo pasó a ser solo remedial para ambos: una cobertura amplia se restringió a daños a terceros para GDP y a la atención de dolencias sobrevenidas en mi caso.

Desde 2020, GDP mantiene su protección a terceros con una póliza que parece hecha para aplacar a los fiscales. No hay siquiera un número telefónico en caso de siniestro. Cruzo los dedos por él y por mí. Hay periodos en los que hemos estado aquejados, entonces el apoyo familiar se ha hecho presente. Ya no nos aventuramos muy lejos ni en horas de la noche ni hacemos paseos largos por el país. ¡Con los que nos gustaba hacer carretera y navegar!

La tan ansiada autonomía de antaño se ha venido resquebrajando al igual que el salario, y la vida diaria se hace pesada y menos placentera. Ambos estamos en tiempos de jubilación, pero no podemos pasar a retiro, porque dependemos de seguir activos.

Hoy, mi carro está enfermito y fui a verlo en el garaje donde se encuentra, en apariencia está bien, no así su interior. Su colapso es inminente, mientras el insilio se afianza.



DE LA SERIE NEVERAS VACÍAS / ©DANIEL HERNÁNDEZ



Aurora Lupin

Sin aire transitas el asco, las noches de ansias, los tés de tilo con tristeza a oscuras cuando te propones trazarle un rostro a la pesadilla-país con los cambios de los 25 últimos años. Igual da tener los ojos abiertos que cerrados, porque gira todo el horror al rebobinarlo en nuestras cabezas, sin importar el bando, pues para todos mucho cambió. A los límites, al umbral del dolor se estiran surcos convulsos en los que se desplazan los presos políticos, los estudiantes ajusticiados con un tiro mortal en la frente o el pecho, la violencia que sembraron, las listas de exclusión, la falta de separación de los tres poderes del Estado –chis del quiebre democrático. En la pesadilla-país se exagera el sesgo político, la mentira, el aborrecible-humillante verbo, la descomposición moral, la arbitrariedad, el miedo y la autocensura. Abolida la libertad a disentir, amordazaron-expropiaron a los medios de comunicación social. Labios cosidos. Familias rotas-enfrentadas. Adultos mayores dejados a su suerte: nunca fue tan cruel el abandono. La oscuridad exige maniobras. El ojo hurga posibles escapes. La maleta se volvió símbolo. Se escucha el tropel. Son 8 millones huyendo del “mal vivir”. Casas muertas y álbumes familiares tirados en la acera. Pero todo está narrado/analizado/fotografiado: en informes/cifras/novelas sin ficción. Documentados la violación a los derechos humanos y el daño-irreversible causado. País desmantelado: industrial, sanitario, social, cultural, científico y tecnológicamente. No tenemos ni correo postal. En el país convertido en isla flotante se rastrean agujeros para respirar. Todo es obsolescencia. Imperan dólar y matraqueo. La pensión-IVSS: 5 D-USA. Nos convierten en unos busca-alguito. No sé qué idioma hablarán los nieto(a)s (si se da tenerlo(a)s, ni cuál mirada darán a Venezuela en el mapamundi. Necesitaremos seguir tejiéndoles bordes a las palabras esperanza, amor y memoria en nuestro afligido corazón.



Aymara Lorenzo

Nada sigue igual

Si la vida no cambia entonces no es vida. Por eso creo que nada sigue igual, como aquella canción de Sentimiento Muerto, de finales de los ochenta, que se convirtió en un clásico del rock venezolano. Tenía 17 años.

Al mirarme en el espejo me doy cuenta de una realidad inculcable. No puedo mentirme –de hecho, no está en mí mentir. Así como a la reina mala de Blancanieves, el que me refleja me arroja en la cara mi realidad física. Esa, implacable, que muta con el tiempo. Casi veinticinco años. Pero hay otra que el espejo no revela, que cada ser humano, con consciencia, puede modificar a su antojo.

Una es lo que es o puede decidir ser lo que se propone. Es una opción personal. No es fácil, es desafiante y la mayoría de las veces cuesta arriba, pero bien vale el esfuerzo. Repaso mi reflejo en el espejo y veo la que soy hoy pero también la que fui. El objeto de burlas por usar botas ortopédicas, la buena alumna en el colegio y la hermana mayor que tenía que dar el buen ejemplo. La implacable, la perfeccionista que no quería equivocarse.

Detrás de ese cambio físico signado por la huella de las horas sobre mi cuerpo hay otro sobre el que pongo el foco: cómo dejé de ser esos y otros tantos calificativos que recibí y con los que no me sentía cómoda. Porque de eso se trata cambiar, o más bien evolucionar. Hoy, a mis 51 años, encontré la clave, sencilla pero contundente: tratarme con compasión. Desde ese lugar me reconozco: curiosa, inquieta, soñadora, visionaria, solidaria. También irónica, impulsiva, crítica, voluntariosa, con sombras con las que conviví sin que me asusten, menos rígida que antes. Me he perdonado, he encontrado la serenidad y la plenitud.



Azalia Licón

Mis padres fueron los primeros profesionales universitarios de sus familias, vivieron sus procesos de movilidad social (de forma individual) como resultado de sus estudios universitarios y posteriores carreras profesionales en el sector público, dando clases a alumnos del ciclo básico de bachillerato. Ambos dedicaron más de 30 años a educar en las aulas, logrando una independencia económica, que, aunque tuviera sus limitaciones, les permitió continuar creciendo como profesionales y construir una familia, cuando sus caminos se cruzaron. A pesar de que lograron llevar una vida más próspera que mis abuelos, mi madre está viviendo una vejez humillante, es vejada constantemente por un Estado al que ella nunca le falló durante su vida profesional: el amarillo de su edad dorada se ha transformado en un rojo que se asemeja al infierno. Y es ese infierno el que le ha cambiado el futuro a sus dos hijos.

La hija mayor nace en una suerte de punto medio entre el Viernes Negro y El Caracazo, el varón da sus primeros pasos entre tiros verdes y proclamas de por ahora. Ambos crecen en un hogar en el que se cultiva el estudio, el pensamiento crítico y el “se hacen bien o no se hace” por sobre todas las cosas. En la actualidad ambos son profesionales universitarios a quienes se les ha hecho imposible cumplir el sueño de una vida adulta próspera, como sí lo ven en sus pares que emigraron, y así fue cómo nos cambió la vida (en una de tantas aristocracias): profesionales capacitados castrados por la kakistocracia reinante, en el que la mediocridad puede más que la preparación, tanto académica como vivencial. Nos cambió la vida, antes de siquiera vivirla.



DE LA SERIE EXILIO EN SOLEDAD / ©KREMLIN PRIETO



Bárbara Piano

¿25 años no son nada?

Para empezar yo giraría la pregunta diría “¿qué es lo que no ha pasado en 25 años?”

Ha pasado de todo. Y tenemos para todos los gustos: falta de libertades, presos políticos, hiperinflación (ya convertida en inflación), desaparición de la moneda nacional, falta de productos alimenticios (a medias subsanada), un éxodo impresionante de venezolanos, que hasta hace nada morían en los picos nevados de Suramérica y ahora mueren en la jungla del Darién (que por algo se llama Tapón, un nombre horrible).

Hay tantas cosas que no funcionan como deberían, que no se sabe por dónde empezar... En mi muy banal caso, por ejemplo, que vivo en Caracas y en Lechería, puedo saborear las sutiles diferencias entre vivir en el interior y vivir en la capital. En Lechería, desde donde escribo, encantadora “burbuja” del norte de Anzoátegui, si no se va la luz se va el agua o se le rompe a uno algo de lo que no hay repuesto; cada vez que llueve las calles son lagunas intransitables y la gente se moja hasta el alma caminando por unas aceras anegadas.

A veces sucede todo junto, porque la vida es más un contra-tiempo que momentos felices. Y para mucha gente, demasiada gente, es solo una cadena de desgracias –verbigracia de los venezolanos, entre otros habitantes del planeta.

En verdad hubiera querido ser irónica, o mejor, sarcástica, sobre este tema pero no puedo hacerlo. No he sentido verdadera hambre ni un solo día de mi vida, pero puedo vislumbrar el peso del hambre de los venezolanos que huyen por todos los medios a su alcance. Nunca he creído en el “sagrado suelo patrio”, ni en fronteras ni banderas. No creo en nada, pero esto cómo duele, señores...

1999-2024: CÓMO HAN CAMBIADO NUESTRAS VIDAS (1/2)



DE LA SERIE IN-XILIOS / ©AARON SOSA

Betina Barrios Ayala

La ciudad ausente

La noche del pasado 1ro de diciembre, gracias a favores de los amigos, acudí al ensayo abierto de la puesta en escena de una ópera estrenada en 1995 y cuya última presentación fue en 1997 en el mismo teatro, el Colón de Buenos Aires. *La ciudad ausente*, libreto de Ricardo Piglia, basado en su novela homónima. Pensé, involuntariamente, en el afán romántico de la coincidencia, en el azar, la repetición, el *fatum*. Fui a buscar respuestas para la ausencia de mi ciudad, la ausencia de mí en la ciudad, la que habito y la que añoro, Caracas, mi ciudad ausente, Buenos Aires, la ciudad donde moro mientras me ausento de ella, y donde usualmente me siento así: ausente.

La ausencia es algo parecido al espectro, a la imagen vacía, al vacío de uno mismo, aquello aterrador y borgiano, el temor y el encanto de eso abstracto que es uno mismo en esencia.

Decían las voces cantantes:

“Fuera de la vida, ni hombres ni pájaros. Yo la he creado para la música, no para los hombres. Ninguno puede amarla (...) Yo soy un espía, un extranjero. Solo persisten en el canto, en la voz, en el alma que no muere”.

Entré llena de esperanza. Encontré una puesta en escena deslumbrante, llena de horror y de locura, paisajes demolidos por el tiempo, negros de futuro, mujeres enloquecidas, prisioneras y robóticas, investigadores, científicos y caníbales. Salí abrazada a la certeza del vuelo de la voz como los pájaros. Ejercer una arqueología del recuerdo de una especie de visión, busco entre los ecos de otros parajes, sensibilidades que habitan la dureza de atender a la observación quieta, el ejercicio de la crítica, la denuncia, pero también la búsqueda del abrazo, el sueño de la reconciliación.

Carlos Alfredo Marín

¿Cómo investigar para contarla?

¿Con qué trabajará el investigador dentro de treinta años, si la memoria reciente del país se ha descuartizado sistemáticamente desde el poder? Recientemente, una de mis peores pesadillas se hizo realidad en la Hemeroteca Nacional, ubicada en Caracas. Solicité varios periódicos impresos del 2018 para consultar algunos datos. Soy historiador. Vivo de la investigación.

“No llegó nada, Carlos”, me respondió el referencista. Fue un golpe: experimentar la ausencia de las noticias recientes representa el olvido que nos aniquila en silencio. “Ese periódico dejó de imprimirse en 2017”, agregó. Me llevé las manos a la cabeza. Me retiré lentamente. Caminé en torno a la mesa de consulta. Tomé conciencia de las preguntas que quedaban sin respuesta. Algo de tristeza e impotencia. Imaginé los estantes vacíos, los pasillos sin vida. ¿Cómo escribir sin tener acceso a los reportajes, artículos e imágenes? Lo que sí se ha venido imprimiendo, sin pausa, son periódicos de propaganda, donde abunda lo panfletario y la “verdad” oficialista.

Me fui de la Hemeroteca cabizbajo, un sitio donde suelo sentirme a gusto en medio de impresos del siglo XIX y XX, y en donde su personal acude a trabajar con esmero, aunque esto signifique no tener aire ni luz en los depósitos, mucho menos un sueldo digno.

Al salir, unos estudiantes se acercaban a la entrada del edificio. Uno de ellos se aproximó a mí. Me preguntó: ¿dónde puedo leer los periódicos de los años 1960? Les di recomendaciones breves. En sus ojos vi curiosidad: la esperanza. Seguramente consultarán *El Nacional*. También solicitarán *El Universal* y *La Esfera*. Podrán revisar los números de *Elite* o *Bohemia*. Tendrán opciones para acercarse al pasado con libertad. En cambio, ¿cómo harán los que quieren acercarse a estos años del chavismo desde la nada? ¿Cómo investigar para contarla?

Carlos César Ríos

Esperando en el rompeola-país

Cuando aquel 4 de febrero de 2003 fuimos despedidos a través de un comunicado de prensa, de la que fue la segunda empresa petrolera más grande del mundo, Petróleos de Venezuela, supe que a partir de allí todo sería diferente. Ese día sentí el frío de la daga del dictador en mis huesos. Comenzó el vía crucis. Primera estación: formar parte de las miserables listas negras del régimen. Convertirse en especie de escritor en negro, con correos electrónicos falsos para camuflar la identidad. Transfigurarse en un profesional anónimo, en un ventríloquo oculto que proveía clandestinamente conocimiento para la voz de los que sí les estaba permitido exhibirse. En fin, convivir con el estigma de la segregación profesional. Segunda estación: padecer sin cura el recuerdo de la barbarie cuando de un plumazo miles de años de experiencia fueron pulverizados (18.756 empleados despedidos), 1400 patentes de invención desechadas, cientos de estudios técnicos tirados en bolsas negras, 21 millones de horas-hombre de adiestramiento perdidas. “Un holocausto laboral” lo calificó el historiador Manuel Caballero. Los últimos 25 años mi vida de ciudadano ha sido de duelo, pero no solo por lo que a nivel personal ha significado. Más allá de este dolor íntimo, he vivido en duelo porque hoy día el país es un sudario humedecido por tantas muertes. Duelo por los cientos de presos políticos cruelmente encarcelados. Duelo porque estamos deshinchados por el adiós de millones que han partido. Aprender a vivir “el país como herida” (citando a Ana Teresa Torres) ha sido de purgación. Y en este proceso, sigo esperando en la punta del rompeolas-país, con el anhelo de que el oleaje nos traiga la democracia, y en sus espumas la posibilidad del abrazo físico de mis dos hijas.

Carlos Egaña

Venezuela, país futurista

La gente protesta con entusiasmo, repite consignas de forma rítmica, mágica; el Estado distorsiona sus intenciones cuando se comunica sobre las manifestaciones. Las familias se dividen por detalles en el discurso cuando cada uno de sus miembros sufre el mismo problema: no hay techos y los bolsillos son polvo total mientras unos poquitos se llenan las gargantas de baba. La violencia literal hacia los *otros* es cada vez menos una idea impopular. Nos emociona en este contexto redescubrirnos, innovar tanto, buscar activamente nuevas conexiones entre el presente y el dolor histórico, pero no queremos compartir todo con todos: conseguimos lo nuevo en contra de lo viejo, que también es ahora nuevo. Esto observo mientras recorro las calles de Nueva York. Es lo que parecen observar mis amigas, mis amigos en el exilio o en nuevos comienzos cuando comentan sobre sus experiencias en su tajada del mundo.

En estos últimos veinticinco años, nuestro país ha sido a veces más caricatura, más épico, más trágico. Pero ha, hemos *existido* más o menos igual: tal vez somos más cínicos ahora, pero solo tal vez. El resto del mundo sí ha cambiado –y se parece cada vez más a nosotros. Muchos estarán convencidos –especialmente, pienso yo, aunque tal vez sin estarlo consciente, por nuestro humor– de que nos quedamos atascados en los años noventa. Es un error: somos los descendientes lejanos de Casandra, nuestras ciudades han sido cápsulas de futuro que el resto del globo no quiso ver. Si París fue, según Walter Benjamin, la capital del siglo XIX, Venezuela es el país del siglo XXI.

Carlos Genatios

Solo una cosa no hay, es el olvido
J. L. Borges

Nelson: Carlos, te invito a escribir sobre tu vida en los últimos 25 años.

Gracias Nelson. ¡Un imposible honor! ¡Gracias!

25 años. El tiempo no es mecánico como el del reloj; es de eventos: palabras, ideas, sentimientos, imágenes. Construirlos en relato es un viaje en un punto, enumerando el infinito. “El Aleph” de Borges: “He visto, urbes, trabajos, días de varia luz, el hambre; no corrijo hechos; el *voyage* que narro, es *autour de la chambre*”. Es “el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos; todos los espejos; cada letra de cada palabra de cada página, la circulación de mi sangre oscura, el engranaje del amor y la modificación de la muerte. Sentí infinita veneración, infinita lástima”.

Infinitas impresiones

1998: Marruecos, caminando los atlas y el desierto. Francia, postdoctorado. Chávez gana las elecciones. Regreso a Venezuela. Director del IMME-UCV. Y me vinieron a buscar. “Te necesitamos. Te proponemos que seas viceministro”. ¿Qué? Años hablando de vivienda y riesgos. Bueno, a trabajar; con todos los riesgos, es una oportunidad de hacer país. MINDUR: 258 obras, abandonadas, detenidas, sin dinero; Cumaná: un comedor inconcluso, estudiantes protestan, uno muere; los ayuda y termino padrino de promoción. Vivienda, red sísmológica. Sin embargo, era imposible trabajar con esta gente. Decido regresar a la UCV. Pero creció el río Aragua; damnificados, vuelo a atenderlos. Lleno de barro, me buscan en helicóptero para ir al *Aló presidente*. Nunca había cruzado palabra con Chávez; “¿Qué pasó en Barcelona?”; cinco familias damnificadas, situación controlada ... Me interrumpe, anuncia “está hablando el ministro de Ciencia y Tecnología” ¡yo no sabía! Todo se acelera. Ministerio sin gente, oficina, recursos. Aun así, otra oportunidad de hacer país. E hicimos: equipo, Infocentros, LOCTI, plan nacional de CyT, agendas, proyectos, *clusters*, becas, comité con rectores de universidades, préstamo del BID, avanzar... pero era imposible, las fuerzas del retroceso operaban.

2001: vuelo de Dacca a Beijing; Hugo, es correcto oponerse a que los americanos persigan aviones con droga en nuestro territorio, pero primero deben ocuparse los ministros de defensa y cancillería. Eres el presidente. “No, yo no me escondo”. No es esconderse, es usar los recursos adecuadamente. Los americanos no son nuestros mejores amigos, pero tampoco son nuestros enemigos. Culminé secundaria en un pueblo en los Apalaches, donde muchos creen en brujas; terminarás siendo una bruja, un tema de política interna, y eso no conviene a nadie. Tenemos mucho que hacer, viviendas, escuelas, salud, industria; no perdamos tiempo. ¿Crees que verás el final del imperio? ¿del capitalismo? Olvidate de eso. Con no comprarnos el petróleo seis meses, nos aniquilan. “¿A quién se lo van a comprar?” a cualquiera. Pero Chirac le había inoculado el veneno: “Usted puede ser líder de potencias intermedias”. La aeromoza: “Aterrizamos, a tu puesto”.

Medía hora después, Jian Xeming a Chávez: “Hugo ¡Bienvenido! ¿Tú crees que vas a derrotar a los americanos, ver el fin del imperio, del capitalismo? Óyeme bien, ellos no son nuestros amigos, pero tampoco nuestros enemigos. Hace una semana les atrapamos un avión espía. Mandaré los pilotos de vuelta, pero el avión lo devuelvo en una cajita de zapatos. No creas que van a desaparecer, no te enfrentes como si fueras a vencer; no te equivoques”. Chávez me dijo: “¿Qué estarás pensando?”.

El Aleph: los niños Fadoul, Pudreval, insultos, secuestros, 160.000+ muertos, sentencias de 30 años, jueza Affiuni, desequilibrio del CNE, “eres la nada”, viviendas construidas sin norma por bielorrusos, y chinos; lista Tascón, petróleo regalado, Odebrecht, 18.000 petroleros expulsados, babalaos; protestas, escudos de cartón, violaciones de DDHH, presos políticos. Ley de Tierras, “gas del bueno” contra estudiantes.

Demasiada destrucción, demasiada mentira.

Renuncio. Hugo, me voy. “No te vas, necesito que ayudes a Lula, vete a Brasil”. No. “Bueno, como te gusta la educación y la ciencia, te mando a la UNESCO”. No. “Basta. Necesito que agarres PDVSA, ya”. No, no estoy buscando trabajo.

Vuelta a la UCV. A continuar. Consultorías al BID; Geópolis, Red Latinoamericana de Reducción de Riesgos de Desastres, CAF: 50 proyectos, 40 expertos, 12 países. Ingreso a la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat. Ojo electoral. 300 artículos de opinión escritos, 18 libros, 120 artículos científicos. Comité estratégico de la MUD. Abrir camino con esfuerzo, como es la vida. Miembro del Consejo Directivo del Centro Internacional de Ambiente y Energía Atómica. Dos condecoraciones de Francia. Y lo más importante, mi familia, mis hijos.

En eso, el grito: “A los que no les guste la inseguridad, que se vayan”; salimos 8 millones, perseguidos, muchos con hambre; y tantos que se han quedado comiendo basura con los Ferraris pasándose enfrente.

Al escribir “Patria, socialismo o muerte” recibí amenazas, esta vez mucho peores que otras; salí. Una jueza servil nos denunció a Interpol, pero fueron parados en seco: “Pretenden violar nuestros estatutos (de Interpol)”.

Exilio. A continuar: programas de reducción de riesgo y vulnerabilidad social; huracanes, cambio climático, terremotos. Programas educativos: Tesla, SIG, Robótica, TI, IA, drones, NASA. Tanto que hacer, tanto que aprender, tanto que dar. Y también, experiencias para la reconstrucción; para cuando termine la tormenta y entre escombros, renazcan las ideas, y salgamos de la caverna. Entre obstáculos y sombras, la luz en el horizonte.

Las palabras no alcanzan, apenas comienzo. Otro día seguiré. ¡Qué gran aventura la vida!

El juego no termina, hasta que termina: *It ain't over till it's over*. Yogui Berra.

1999-2024: CÓMO HAN CAMBIADO NUESTRAS VIDAS (1/2)

Carlos Leáñez Aristimuño

La verdadera revolución

Todas las noches, en Tenerife, paseo al borde del Atlántico. No me canso de ver las formas del agua y cómo la luna juega con ellas. Me cautiva el rumor incesante de las olas y la caricia –o el azote– del viento isleño. Con frecuencia –en monólogo interior o en diálogo con mi mujer– vuelven las lejanas costas de Venezuela y con ellas afectos, imágenes, sensaciones, preguntas. Río, me conmuevo, me tuerzo en una mueca, sonrío. ¿Queda algo del país que tanto nos dio? ¿Por qué ocurrió lo que ocurrió? ¿Hicimos bien en salir o había que seguir luchando? ¿Hemos de volver?

A menudo, al acostarme, hebras de conciencia me remiten a Caracas. Algunas me llevan de vuelta a mi apartamento, en Lomas de Prados del Este; otras me hacen retornar a mi cubículo, en la Universidad Simón Bolívar; otras me transportan a mi casa natal. En ellas, azorado, busco papeles que han de darme claves tajantes. En ellas, ansioso, llamo a quienes allí hacían vida.

Persevero cada noche en mi paseo. En ocasiones –sobre todo en las noches sin luna– me alejo del resplandor eléctrico de la ciudad para divisar las estrellas: a más oscuridad celeste, más nítidos los contornos de los astros. Creo entonces adivinar en el firmamento una carta de navegación que me lleva, en rauda travesía, de vuelta al pie del Ávila.

¿Volveremos algún día al verdor luminoso de Caracas? ¿Será posible poner coto a la barbarie? ¿Será la oscuridad fuente de luz? Se me ocurre que sí. Cuando veo tanto a los que allá se encuentran como a los que afuera se hallan esperando recibir solo lo que es fruto de su esfuerzo e ingenio, aspirando simplemente a que el poder no les ponga trabas, se me ocurre pensar que está comenzando, ahora sí, la verdadera revolución.



DE LA SERIE IN-XILIOS / ©AARON SOSA

Carlos Sandoval

Instantánea

Tendría diez años cuando unas vacaciones de agosto pedí a mi madre un bolívar para tomar el autobús de San Ruperto –crema con letras vinotinto– porque deseaba hacer todo el recorrido desde la terminal en Plaza Tiuna. Era quizá un martes de límpido cielo azul y temperatura agradable. En el punto último de la ruta, una calle empinada, compré un cuarto de leche y una porción de torta y con los veinticinco céntimos restantes pagué el regreso en el mismo colectivo. Aquel fue el primer viaje que emprendí desde mi barrio hacia otro mundo por las calles de Caracas, una travesía que desde entonces puntuó mi relación con la ciudad y con el gusto por caminarla.

Luego vinieron las excursiones por los sueños: salir del populoso entramado del suroeste, donde recalamos a mediados de los setenta, a través del empeño académico para conquistar espacios más al centro o, de ser posible, en el oriente ciudadano. Bastaría hacer una carrera y lidiar con el campo de trabajo; si había suerte –casi siempre la había– tal vez una beca o un intercambio universitario. A la gente de mi generación nacida de padres que colonizaron la capital desde el barro de abandonadas eras o huyendo de *pueblos tristes* (la llamada, a veces despectivamente, “gran Venezuela”) nos tocó recibir, pese a nuestros modestos orígenes, algo del derrame que la democracia representativa trajo como beneplácito a un país con ganas de modernizarse y de proteger a ciertas masas desfavorecidas. Y podíamos cruzar de un sitio a otro sin mucho trámite ni temor.

Medio siglo después los sueños devinieron pesadillas; el espacio vital, cárcel; el futuro, palabra extranjera. Ya nadie es capaz de subir a un transporte público sin riesgo de su humanidad o de la bolsa, ya ningún joven piensa –en Catia, San Agustín o Petare– que ocupar un pupitre caraqueño dé sentido a la vida.

Carlos Zerpa

Ya no vivo allá, ahora vivo aquí

Ciudad de México, 2024.

Ver las calles de esta ciudad, ya no como turista, si no sabiendo que ahora vivo aquí. Me levanto y no estoy en un hotel, no soy un turista ni estoy de paso, ahora estoy en un apartamento en el que vivo, en una colonia decente. Nuevos muebles, objetos y hasta platos y cubiertos tengo, pues los míos se quedaron en unas cajas en un depósito de Caracas, al que quizás nunca más vuelva a tener acceso. Ese es el ayer, ahora como el ave fénix, renazco en una nueva tierra. La biblioteca está llena de libros, unos pocos que me traje, muchos nuevos y otro que he comprado otra vez, pues se quedaron allá y son importantes de releer. Los amigos dicen que ya hablo con acento mexicano, pero no es verdad, a leguas se ve que soy de otras tierras al hablar, por mi acento. Lo que pasa es que he incorporado algunas palabras, como órale, pinche, chingada, cuate. En esto del hablar lo más difícil fue no llamar cambures a los cambures, si no decirles plátanos, igual que incorporar nuevos nombres para las frutas, verduras y objetos, como el camote, la papaya, los cacahuates, la sandía, el tamal y los chiles para que a uno lo entiendan. Detesto cuando me discriminan y me llaman gringo, prefiero que me llamen güero. No me he sentido del todo extranjero, aunque lo sea, pues no he sentido tan fuerte el rechazo, aunque el mexicano parte de la premisa de primero México, segundo México y tercero México, esto no ha sido nada fácil pues es otra cultura. Yo amo a mi país y no me he desligado ni quiero hacerlo, soy venezolano y me siento orgulloso de serlo.



DE LA SERIE EXILIO EN SOLEDAD / ©KREMLIN PRIETO

Carmen Leonor Ferro

Anatomía de una caída

Como si pasado, presente y futuro desearan intercambiarse, cuando no estamos confundidos con el hilo de nuestra propia biografía, dudamos: ¿es posible cambiar los eventos?, ¿la forma de mirar?, ¿es irrevocable la historia?, ¿podemos intervenirla?

Acercándome de reojo a estas preguntas, al pensar en mi vida forastera, se me aparece *Anatomía de una caída*, filme de Justine Triet que cuenta los pormenores de un juicio destinado a aclarar la verdad sobre un presunto asesinato.

Daniel, un niño ciego, atestigüa a favor de su madre sin estar convencido de que sea inocente. El trauma de la muerte del padre ha hecho que pierda detalles de la historia: ¿a qué hora salió de la casa?, ¿escuchó sus voces en la cocina?, ¿tomó el camino hacia el este o hacia el oeste?

Si uno no puede decidir, responde el niño al juez en el último interrogatorio, es necesario tratar de entender. La mirada perdida de Daniel nos hace pensar que está observando más allá de lo que puede demostrarse y que no tendrá argumentos tangibles para defender lo que ha visto, la suya es una visión interna. ¿Aceptará el juez su versión inexacta?, ¿tolerará el vaivén de memorias que el trauma ha producido en la mente del joven?, y además, ¿qué es entender?, ¿qué quiere decirnos este niño de ojos extraviados cuando habla de entender?, ¿es tomar una posición?, ¿tirar los dados?, ¿defender un punto de vista?, ¿aferrarse al afecto?

Lo único que parece claro es que el niño solo espera que se salven los personajes de su historia, que sobreviva su versión, no sabe bien si ha visto o ha imaginado. Sin embargo, los espectadores ya hemos aceptado que no haya veredictos, que todo parezca desdibujado, es quizás la única forma para el joven personaje de poder crear un final que los deje, a él y a su madre, volver a casa.

Carole Leal Curiel

Entre la ilusión y la desesperanza

No me he ido, los he vivido completos, completicos en Venezuela y no me pienso ir. Largos 25 años recorridos entre ilusiones y desesperanzas, presenciando cómo la violencia se nos ha colgado del pellejo. Violencia verbal, física, intrafamiliar, cuartelaria, institucional. De la violencia que suscita la impotencia ante la ausencia institucional, ante la falta de Estado, de esa que genera la indefensión descarnada que conduce al estado de necesidad. De la oprobiosa violencia de la lengua, de su “higienización”. He sido (somos) testigo del surgimiento de un “habla prohibida”. He escuchado decir a entrevistados en la radio y en la televisión “no quiero decir la palabra”, “no se puede usar ese término”, silenciando la voz “régimen”. Hemos sido y somos espectadores del disimulo, de la hipocresía.

Años eternos durante los cuales observé la ilusión de quienes tuvieron fe en el “proyecto” y de su desencanto; contemplé cómo la alegría contagiosa de quienes creyeron en la posibilidad de construir una “salida” fue decayendo, migrando no importa a dónde ni cómo, huir del país como único futuro, del desaliento como único presente. Años de domesticación en la incertidumbre, en el escepticismo, en la ausencia de esa normalidad que nos brindan las certezas: se fue la luz, llegó la luz; no hay agua, llegó el agua; hay internet, no hay internet; hay gasolina, no hay gasolina; alcanza el sueldo, no alcanza el sueldo, de que lo único cierto y verdadero son las puertas que abre un puñado de dólares.

He (hemos) vivido dentro de ese imparable tiovivo revoloteando alrededor de nuestras ilusiones y desesperanzas.

No me he ido. No me voy.

Carolina Guerrero

Poscaverna

Las revoluciones son el caleidoscopio. El ojo cree que cambia todo si las piezas se reconfiguran, indetenibles. La imagen es a cada microsegundo única en medio de ese dinamismo perpetuo. Y el ser solo contempla, perplejo, el reacomodo que se modifica otra vez, otra vez, otra...

La revolución crea la falsa idea del omnicambio. En él, cada quien refiere el que más lo lacera. Éxodo, violencia radical, pobreza de espíritu, la piedad que hiberna. La lista es muy larga, no concluye.

Mas lo constitutivo de toda revolución liberal es que el individuo nunca advierte que nada cambia. En este país la vida se frenó hace 25 años. Y el no cambio reside en la perpetuación perenne del poder. El pleonasma ni se aproxima a ilustrar las dimensiones de la petrificación.

El ojo distraído con el movimiento caleidoscópico dejó de notar, si acaso alguna vez lo hizo, que los ajustes en los rostros del poder no son cambios. El poder sigue siendo el que es, el que se impuso hace un cuarto de siglo. El que nombra las cosas con otros términos, sin que sus víctimas se acerquen, al menos, a ser celadores no solo del lenguaje, sino de la verdad.

En este tiempo, que equivale más o menos a un tercio de la vida del hombre, se sucede la ilusión sobre la cercanía del quiebre. Rutina cíclica que forma parte del mismo magma del no cambio. La arrogancia se imagina autor histórico de una liberación que no ocurre, quizás porque nunca aspiró a otra cosa que cohabitar.

El poder persiste. Panóptico e ilimitado. Es precisamente lo que cambió: el ascenso del no cambio, en este largo y sinuoso extravío, en esta experiencia inédita de enormidad del poder.

1999-2024: CÓMO HAN CAMBIADO NUESTRAS VIDAS (1/2)



DE LA SERIE NIÑOS MINEROS / ©YRIS PAUL

César Miguel Rondón

Si me atengo a la frase orteguiana: “Yo soy yo y mis circunstancias”; y si estas han cambiado radicalmente en las últimas décadas, debería concluir que yo, mi vida, ha cambiado radicalmente. Difícil decir lo contrario: de nuevo, como en el día de mi nacimiento, estoy en el exilio. Aquella vez a mis padres una dictadura militar los expulsó de Venezuela, ahora, una de nuevo cuño y distinta tesisura, pero igual de cruel, hace lo propio conmigo y con mi familia. ¿Mas he cambiado? Mi vida, sin duda. Y así respondo a tu pregunta, Nelson. Pero no sé responder por mí, por quien esto teclea. De una casa amplia con varios cuartos y jardín, ahora me limito a un pequeño apartamento de dos cuartos y un estrecho balcón. Pero me bastan, ese acoplamiento no me resultó difícil. Tampoco la cotidianidad: sigo en mi oficio haciendo programas periodísticos de radio y televisión; y con una ventaja importante, nadie me limita ni me censura, digo lo que siento y debo decir. A la nostalgia, como cantaría Serrat, la mandé de paseo: no tengo retrovisor en mi andar cotidiano, no añoro lo que tuve o lo que fui. El Ávila está fresco, inmenso y multicolor en mi memoria, no suspiro por él. La Caracas que me marcó y me hizo hombre está aquí, conmigo. Y no es frase, no hago literatura: el grueso de mis amigos está aquí en Miami, en esta nueva ciudad que hemos asumido como propia, y los que no están patean las calles de otros refugios semejantes, Ciudad de México o Madrid, por ejemplo, por no hablar de Bogotá o Lima. Si volviera a Caracas, descubro que serían muy pocos los panas a los que podría visitar o convidar. El abandono también es una forma de unión. Pero vuelvo a la pregunta que me obliga a estas letras: ¿He cambiado? NO. Y lo escribo en mayúsculas porque es casi una súplica de fe: soy el mismo, queridos amigos, y no he cambiado ni quiero que ustedes me cambien. Evidentemente, es una frase –vale– dicha desde la angustia del que está aferrado a la última rama antes del precipicio.

César Rodríguez Barazarte

Atacama: tres momentos,
un solo recuerdo

Mi único patrimonio es la libertad
Fito Páez

Primer momento: La primera vez que presté debida atención al desierto de Atacama fue a finales de los años 70, en un salón de clases en la universidad. Un modesto profesor quien, años antes, había llegado al país huyendo de una férrea dictadura, se refirió a su país y especialmente al desierto de Atacama donde se habían enclavado no menos de doce cárceles y centros de tortura. Centenas, miles de hombres y mujeres habían pasado por allí. Ellos solo expiaban el pecado de haber sido obstinados profesores, políticos románticos, atormentados artistas, escritores de guiones inconclusos, librepensadores sin fronteras, en fin, animales terriblemente críticos. Muchos conocieron la muerte en sus extremos: unos, fueron lanzados al mar o al desierto; otros, desaparecieron calcinados por el sol y luego reducidos solo a un polvo rupestre que viajó a voluntad del viento sobre las dunas y el salitre.

Segundo momento: Algunas décadas después volví a tropezarme con el desierto y supe cómo legiones de infatigables mujeres buscaron en el desierto durante días, meses, años y

décadas, tan solo una pista, una señal, un hueso. Trataron de encontrar, en el mejor de los casos, las osamentas de sus padres, de sus hijos, de sus esposos, de sus amantes, asesinados por la prolongada dictadura militar de aquel estrecho país. No habrá bota alguna que pueda con la insistencia de una mujer.

Tercer momento: Hoy, Atacama es locus múltiple: origen, destino y tránsito. Es *origen* en el enclave del telescopio más potente del mundo, desde donde podrán explorarse exoplanetas y el espacio insondable con ínfimos márgenes de error: sin duda, será el ojo del mundo. Es *destino* para miles de toneladas de prendas de vestir, usadas o no, que son depositadas allí transmutando el desierto en decadentes montículos de ropa de conocidas marcas. Por último, es *tránsito* para millares de migrantes venezolanos, hombres, mujeres y niños, que lo atraviesan permanentemente con el deseo de llegar a centros poblados donde rehacer su vida, huyendo del hambre, el pavor y el irrespeto. Muchos desistieron en el camino; otros, lograron llegar a destino no sin antes enfrentarse a la sed, al hambre, a las inclemencias y, en algunos casos, a bestias xenófobas solitarias con cuyas fauces marcaron territorio, mientras sus ojos siempre expresaban un miedo arquetipal y posdatado. Los migrantes no huyen, solo desandan el camino de la barbarie a la civilización.

Corina Yoris-Villasana

¡Estelas en la mar!

Recordando *Cantares* de Antonio Machado: “Caminante, son tus huellas el camino, y nada más; caminante, no hay camino, se hace camino al andar”, al hablar de los últimos veinticinco años vividos y en este país, de lo que creo se puede hablar es, justamente, sobre las huellas que se grabaron en los meandros.

Veinticinco años es mucho tiempo, representan más de un cuarto de vida de alguien con mucha longevidad; mientras, que esos veinticinco años en la vida de un país, son un suspiro, doloroso, lacerante, pero un instante, al que no se le puede invocar el verso inmortal del *Fausto* de Goethe, “¡Detente instante, eres tan bello!”. Al contrario, es el grito que ha brotado de nuestras entrañas pidiendo un ¡basta ya!, como el de Príamo ante la desmesura del gran Aquiles, arrastrando el cadáver de Héctor frente a las murallas de Troya. ¡Basta ya de la ignominia! ¡Basta ya de la infamia! ¡Basta ya del deshonor! Mientras que, en el caso de la vida individual, a pesar de estar inmersos en este lodazal, cuando hemos gritado bajo la lluvia de bombas lacrimógenas, gases y persecución, ¡basta ya!, también se han vivido momentos durante los cuales hemos querido evocar a Goethe para decir, “¡Detente, instante, eres tan bello!”. Ese verso inmortal es un intento de apresar, no en un único segundo, en un nanosegundo, acaso cada uno, quizás la totalidad de esos relámpagos que nos han iluminado algún momento de nuestra efímera existencia. Por eso también me viene a la mente Proust, quien cree que es un tiempo perdido intentar revivir los años vividos, porque termina siendo infructuoso cada esfuerzo de nuestra propia comprensión del sendero recorrido; hemos, tan solo, dejado estelas en la mar, a lo Machado. Sin embargo, ante la solicitud de este mago de la narración, Nelson Rivera, le diría que ese ¡detente instante! lo he vivido este último año cada vez que hemos avanzado en un paso más en la liberación de país. Que lo he vivido en cada ser lleno de amor que se nos ha acercado a brindar apoyo, y que obraron el milagro de concretar una fugaz reminiscencia en algo tangible. Y se logró, además, que surgiera de cada rincón de esta Tierra de Gracia, esa magia que brota del corazón de la selva, donde nacen esas tempestuosas aguas que te llenan de fuerzas para saber que no eres tan contingente, que eres parte indisoluble de la memoria de un país.

Daniela Jaimes Borges

*A mis estudiantes y a los que lo fueron,
a los jubilados,
a los que tuvieron que dejar la Universidad.
A todos.*

Con el totalitarismo, el discurso de la brecha social y de la salvación, también llegaron mis cds de las Spice Girls. Prefería tener unas pop imperiales que las debacles rápidas y de mucha violencia que estaban ya en el Pedagógico de Caracas cuando apenas comenzaba mi pregrado en el 98. Ha pasado el tiempo, la muerte de mi madre y con ello, haber tenido que pedir dinero para los gastos funerarios. Lo logré gracias a amigos, anónimos y ex estudiantes. No es poco ni se escribe sin temblor.

Comencé a dar clases a los 21 en colegios y desde el 2007, estoy en la UCV. La primera misión fue ¡pulverizarnos!, pues para nosotros es esencial dar y recibir conocimientos (nada más pavoroso para estos socialistas). Investigamos, creemos en lo plural del pensamiento crítico (un misil para ellos).

Por decir algo, a un profesor le conmueve más el comentario de una cita, que la cita en sí, la reflexión con la que la acompañas, ese cómo y desde dónde lees, y eso está muy cerca de lo humano, de la vida. ¡Estamos! y eso hace ruido entre las armas por pensar: arrasarnos el sueldo, el seguro, cualquier aire. Y sí, somos menos en el campus.

Desde el 2007 ha sido el exilio en el Caribe, mi tema de investigación. Nunca pensé que lo viviría de maneras tan complejas, como diría el cubano Virgilio Piñera: “Ladra un ave celeste por el cielo / para alejar la muerte”. Y él no salió de la isla. Escribo desde Caracas con miedo, mi nevera y mi situación habitacional no son estables, pero el espíritu, este que me hace no dejar la Universidad, es más poderoso. Escucho, ante cada deriva, a las Spice Girls, porque la música que me salvó de adolescente, lo hace hoy. Hay almas inquebrantables, solemnes, como la de los estudiantes que insisten en sacar su carrera. Y los profes que donan su trabajo.

Memoria, ante todo, memoria. Materia necesaria en todos los niveles.

Sin embargo, nuestra docencia no es heroica, es mucho más: una respuesta contundente y de larga data al opresor. Un lugar a pesar de todas las miserias. Las más viles, matando a jóvenes que nunca estudiarán.

Este 2024 sabremos si el lema de las Spice... *Girl Power*, será parte de nuestro bienestar.

Say you'll be there / Ah, won't you sing it with me?



DE LA SERIE VENEZUELA DEPRESIÓN / ©DANIEL HERNÁNDEZ

Diego Arroyo Gil

Un cuarto de siglo

A Martha y Emilia

El llanto de mi madre delante del televisor por la tragedia de Vargas. La esperanza y el desengaño ensangrentados aquel funesto abril. Los viernes por la tarde en la biblioteca de la logia rosacruz para leer libros de ocultismo. Los verdes días en la Universidad Central. Una crisis pasional devoradora. La poesía y la presencia de Rafael Cadenas y los sucesivos bienes de la literatura. El orgullo de escribir para *El Nacional*. Aprender lo que significa ser un ciudadano gracias al ejemplo de Simón Alberto Consalvi. La mudanza de mi familia al extranjero. París en invierno con María Fernanda Palacios y Chacao todo el año con Jaime López-Sanz. El nacimiento de mi primer sobrino y el descubrimiento de un amor y de un miedo desconocidos: el amor de amarlo y el miedo de que ese amor no baste para evitarle los inevitables sufrimientos del vivir. Mi amistad con Sofía Ímber y con Elisa Lerner. La incesante conversación con Edgar como un canto a la diosa. La muerte de mi tía Soraya en la plenitud de sus cincuenta años. Depositar las cenizas de mi abuelo en el jardín donde sus nietos correteábamos de niños y ver cómo de inmediato empezaba a llover. Querer a España como la tierra donde echa raíces una raíz de mi sangre. La marca de oro en el pecho de mi hermano. La insustituible epifanía de George en cada encuentro. El hartazgo de la historia y el goce de los sueños. La llama de una vela amansando las tinieblas. Ver hacerse la noche una escena de Rembrandt. Ustedes, amigos míos. Si mi padre ha caído, todo puede caer y aun así estar en pie la vida, y como una oración pongo una rosa sobre el corazón del tiempo.

1999-2024: CÓMO HAN CAMBIADO NUESTRAS VIDAS (1/2)



ENCICLOPEDIA VENEZOLANA DE LA DESTRUCCIÓN

Edda Armas

Talismán País

Que este tiempo agrio gire la cabeza y se haga canto expuesto de las ideas libres que nos narran en furias hirientes de la lengua bifida y los talismanes que hagamos bajo lámparas de amonio alumbren los párpados y en el lugar donde se abra la magnolia blanca se deshaga el miedo para los desaparecidos los desplazados los separados los muertos y los que no tienen paz

No cambian las palabras el eco de lo que zumba en este mundo incomprendible ya lo sabemos tal vez nicho de lo desértico cuando otros sucesos aran aquello que perdurará con su nacer en la belleza de lo humano (*la belleza despierta los actos del alma*, escribió Dante) y así deja constancia del dolor lo que nos aflige lo que de tan roto sobrevuela nuestras cabezas deseando otra realidad movidos hacia el deseo de otros modos de la vida ciudadana unida lograda únicamente con la armonía del hombre con la naturaleza y el respeto a los otros en la diversidad y la pluralidad de las ideas

Crueldad Bomba Sonajero Del Asesino De Su Hermano
En Su Tierra Dolor Aborrecemos La Sangre Derramada
Padecemos La Lda Delos Nuestros La Obligada Errancia
De Los Hijos De Este País

No leer la lírica Sobrellevarla anclarla en otra piel para otro tiempo Calzado agotamiento Intervenida la sintaxis acuna al cuerpo exhibido como nunca antes con la coma mal puesta y el punto final en cada historia cuando con golpes de tacón se desandan los versos encabalgados al deseo de otras formas: rizomas que aún no escritos ya cuelgan de las orejas, de la nuca en estallidos Desatemos las trenzas rojas: hallemos blancos al tiro: la agonía sobrevolando la página que nos acecha Erizo sea en puntillas el que lo oye todo y se degarra al hacerse todas las preguntas en la horma del verbo feroz y grite del horror de lo visto en tantos años con el sol cortándonos en el texto imposible de los días

Edgar C. Otálvora

25 años en listas

Corrían los primeros días del año 1999 y por los pasillos del edificio de la Cancillería venezolana se sentía el paso de un grupo de jóvenes diplomáticos en plan de Guardia Roja de la Revolución Cultural china. Se habían proclamado paladines del nuevo gobierno y entre sus tareas estaba identificar a los diplomáticos que estaban en el extranjero a quienes habría que destituir de inmediato. Probablemente fue la primera lista en la cual fui incluido por el régimen. Ya en Caracas, me sumé a la reducida lista de los primeros asistentes a la reunión de los martes que Lewis Pérez comenzó a organizar en momentos cuando partidos y políticos estaban en catatonia. Un año después no cabía el gentío en la sala del CEN de AD.

A principios del milenio mi nombre apareció en una lista de "enemigos de las Fuerzas Armadas". La lista se filtró y fue publicada por un semanario de la época. El editor de mis libros se enteró que el libro *La crisis de la corbeta Caldas* aparecía en la lista de los que no serían incluidos entre los nuevos lanzamientos que Venezuela llevaría a ferias de libros en el extranjero. Aparecí en la lista de periodistas que, según el régimen, inventaron una crisis militar a propósito del inminente acuerdo del régimen con Colombia sobre el Golfo de Venezuela. Después mi nombre apareció en una lista de conspiradores que actuaban desde la Universidad Metropolitana, a propósito del tema limitrofe. Más adelante, vándalos cibernéticos incluyeron mi nombre en la lista de enemigos de la revolución a quienes se les debía jaquear cuentas de email y portales web. Obviamente aparecí también en la lista de quienes firmamos solicitando el referendo para destituir a Chávez, la llamada Lista Tascón usada por el régimen para su apartheid contra los opositores.

Por incitación de Simón Alberto Consalvi fui incluido en la lista de los autores que darían cuerpo a la Biblioteca Biográfica Venezolana, no todas las listas eran negativas.

Debí incluirme en la lista de quienes tenían tarjeta de crédito para así poder disponer de dólares, para lo cual había que viajar fuera del país. Pronto, para optar al uso de tarjetas de crédito en el extranjero era imprescindible aparecer en la lista de clientes de alguno de los bancos del gobierno. Y después resultó necesario incluirse en un listado que llevaba cada banco en el cual constaban fechas y lugares de posibles viajes al extranjero, para así poder utilizar los servicios online desde fuera de Venezuela.

Por casualidad me enteré que fui incluido en la lista de los venezolanos que se fueron, o que se niegan a participar en el esquema de control social, mediante una tarjeta digital, para recibir bonos y subsidios. Desde esa fecha alguien, usufructuando mi nombre, cobra los bolívares que de vez en vez el régimen gotea a la población. Desde ya hace varios años estoy en la lista de los venezolanos que ya no viven en Venezuela.

Las listas son solo parte de la vivencia de un cuarto de siglo, claro. Pero sirven de útiles mogotes para cuando se piensa en los cambios en un cuarto de siglo de vida.

Edgar Cherubini Lecuna

Veinticinco años de chavismo o la fábula del escorpión y la rana en tiempo real

En 1958, después de haber derrocado a la dictadura militar de Pérez Jiménez, los venezolanos comenzábamos a establecer la democracia a través de acuerdos para un entendimiento político y la reconstrucción de las instituciones, cuando irrumpieron violentas acciones armadas provenientes de militares y civiles de izquierda, alentados por la dictadura cubana, pieza caribeña de la URSS en el tablero de ajedrez de la Guerra Fría. Fidel Castro, fue el artífice de la subversión en el país. Durante la década de 1960 en Venezuela, la izquierda fracasó en su intento de imponer por las armas el comunismo cubano. En 1969, la democracia puso en marcha el proceso de pacificación, que dio como resultado que guerrilleros, terroristas y secuestradores se reintegraran a la sociedad. Sin embargo, salvo contadas y honrosas excepciones, la mayoría de estos hombres y mujeres continuaron conspirando y recibiendo instrucciones desde Cuba. Algunos exguerrilleros despachaban desde las cómodas esferas de la administración pública donde habían sido recibidos sin trabas ni represalias para que se reintegraran a la sociedad y reconstruyeran sus vidas, siendo los mismos que conspiraron junto a Chávez y militares de izquierda en los golpes de Estado sucedidos en 1992 y que a partir de 1998, mordieron la mano a quienes les dieron de comer. Propiciaron la demolición del Estado, la exclusión y persecución de quienes no pensaban como ellos, confiscando la libertad y entregándole el país a Cuba y a siniestras organizaciones del crimen organizado. Fue una gran ingenuidad pensar que esa izquierda resentida cesaría sus actos subversivos contra la república. El régimen totalitario alimentado por el cinismo y la mentira a la que nos han habituado durante estos últimos veinticinco años, nos impiden creer que deseemos de nuevo vivir en democracia. Como si la fábula del escorpión y la rana fuese una ficción y no la cruda realidad en estos perversos personajes.



Enrique Alí González Ordosgoitti

El siglo 1998

Las patrias no explotan

se desmigajan
se deshilachan.Primero fueron los de arriba
quienes pensaban que siempre
después del mediodía viene la tarde

Aseguraban la inexistencia de los eclipses.

Nacieron hilos sin memoria
sin tramavenían de vidas construidas sobre hojas
y nadie sabía cabalgar los vientos.Y tú te fuiste
y viste a la sangre circular por fueramientras el espíritu se deshacía en migajas
aún más lejos
a infinitas manos de distancia.

Tantos sordos intentando cantar

alaridos vivos
y acuciantes.Te fuiste del tiempo
nos convertimos en brizna.Las memorias, como piedras
rodaron
hasta encontrar el hoyo.Era un ser de pedacitos
cayendo
enlentecidocomo una muralla de arena
que el viento deshace
a voluntad.Nadie sabe cuánto queda de uno
es la virtud del desmembrado.Pero el sol me incendia y me recupera
y me permite llegar al Vino de la nocheY lo sorbo tinto
para poder descubrir en mi boca
la resequedad de lo ocurrido
y de lo transcurridoporque a estas alturas
las memorias son montañas de hierro sobre los hombros
y moverlas
se dificulta más cada día.Pero esas memorias son la única casa con vida
en estos kilómetros cuadrados.¿Pero en cuánta memoria podemos acampar
cuando el disco duro de la existencia
está rebasado?

No es posible existir fuera del horizonte del Vino.

Los ojos solo ven al pasado
y al Ávilaese hombre verde
con la mano levantada y generosa
que viene siempre
a brindarme Vino.Pero hoy no puedo beber
ni brindar
pues estoy triste

tan rotundamente triste

que cuánto daría
por separarme
de esta férrea vigilia.De tanto soñar
ya no reconozco
lo que no es sueño.Los demás piensan que estoy vivo
y la memoria me recuerda
que vivimos en el siglo 1998.

1999-2024: CÓMO HAN CAMBIADO NUESTRAS VIDAS (1/2)



DE LA SERIE NEVERAS VACÍAS / © DANIEL HERNÁNDEZ

Elizabeth Rojas Pernía

*Que esta oscuridad sea un campanario,
y tú la campana.*

Y cuando suenas, el repiqueteo se vuelve tu fuerza
R. M. Rilke

*Voy, abriéndome paso entre la aspereza,
al lugar donde está guardado mi rostro futuro.*
Rafael Cadenas

La vida en estos últimos veinticinco años habría cambiado, inevitablemente. Siempre es así. Cambiamos individualmente, cambian los países. Mucho o poco. Lo que ha ocurrido en Venezuela, sin embargo, casi no cabe dentro de la acepción de la palabra *cambio*. Después de un cuarto de siglo de desmantelamiento sistemático de la vida democrática es otro país este que tenemos. Somos diferentes los venezolanos. Además de muchas otras cosas, perdimos la ingenuidad. Y la euforia.

Entre los demasiados aspectos que ahora son otros está el lenguaje, que todo lo arropa. Urdieron nuevos significados para algunas palabras, y con ellas fuimos golpeados en pleno rostro. Escualido y apátrida, por ejemplo, –convertidas por el demiurgo en sinónimos para insultar– fueron apiñadas junto a muchas otras, como pueblo o soberanía, y forzadas a significar lo que el odio quisiera, en un nuevo diccionario que empezó a fabricarse a gritos desde las alturas de una tarima. Entonces, sobrevinieron otras como diáspora e insilio.

Pero, asimismo, vimos la emergencia de otras palabras. Resiliencia es una de ellas. A propios y a extraños no ha dejado de conmover la enorme capacidad mostrada por tantos y tantos habitantes de este territorio para atravesar calamidades antes inimaginables –como verse despojados de casi todo, la democracia incluida– y resistir, rehacerse y quedar transformados en ese tránsito alquímico.

Y descubrimos también que para la mayoría de los venezolanos las palabras alegría y calidez expresan algo que, al parecer, nos resulta indeclinable y que está en el centro de lo que nos sostiene. No han podido ser desterradas –en ocasiones tapiadas por la infamia, sí–, y de muchas formas son refugio, cantera o salvación para nuestras almas insumisas, cada vez que *el despotismo levanta la voz*.

Aprendimos a ser campanas en la oscuridad que nos cubrió. Y seguimos repiqueteando. No pararemos de hacerlo: estamos yendo al encuentro de nuestro *rostro futuro*.

Enza García Arreaza

Morningstar

A veces estoy en la cocina y quiero romper los vasos, que se abra el cielo y me pidan perdón. Quiero que todo termine de quemarse. Entonces me río y procedo a freír una arepa. Quiero que mamá lea esto y se ría también. Te extraño y aquí no hay guaripetes. Qué audacia la tuya cuando ordenas que le tenga paciencia a James, siendo que tú no le tienes paciencia a papá. Así vamos, un valle de sombras nos separa. Quisiera aparecerme en la casa a regañarte y darte un abrazo. No entenderte me ha hecho estrafalaria y valiente. Me gustaría borrar de tu memoria las cosas que hiciste para comprar pollo. A veces alucino que el sueño americano huele a Belmont y a tequeño de cantina. También te caería mal mi suegro, ese gafo que no encuentra de qué palo ahorcarse. La gente que no ha sufrido como nosotras es tan boba y sortaría. Qué se hizo el futuro, me pregunto casi siempre que voy a comprar detergente. Sueño que en la próxima vida se inviertan los roles y seas mi hija. Espero ser millonaria, comprarte muchos juguetes y mandarte a la universidad. Ojalá nos toque Suiza. Ahora te dejo, es tarde, las estrellas tiemblan indiferentes a mis peticiones y James a veces entiende por qué quiero romper los vasos. Quién te viera caminando por las calles de Cedar Rapids, mamá. En el futuro estás en todas partes y el diablo no puede más que tú. Mañana te mandaré unos dólares para los cigarros.

Fedosy Santaella

Gramática aumentada (del que ha partido)

Y por fin comprendes qué cosa es el aumentativo. Cuáles son los sufijos que le pertenecen, y también los prefijos. Porque es así, el verdadero aumentativo tiene prefijos; te anteceden, llevan historia, larga historia, nacieron contigo. Y ahora comprendes que cada cosa pequeña es más todo, que cada objeto que guardas (las llaves de la casa que dejaste, el billete que ya no sirve, el carnet de la universidad que nunca más usaste...) es un secreto de ti con valor crecido, y pesa, pesa mucho.

El lugar de dónde vienes es más tuyo, pero también tu desarraigo es más grande, así como triste y a la vez hermoso es el recuerdo de esa casa que ya no ocupas, tu soledad, el amor de tus hijos; la escritura, todavía más profunda; tu pequeñez, luciérnaga mínima y al mismo tiempo, sol digno; la añoranza, dulce y amarga, y la querencia del mar y del clima, más clima en ti y mar de adentro.

Si alguna vez estuviste dormido o te creíste medianamente despierto, el rayo del aumentativo (que alguna vez fue tan solo relámpago), te golpea la cabeza y te despierta. ¿Pero en dónde te despierta? Puedes despertar en las iluminaciones, o en los infiernos, o incluso en la abulia aumentada (que te adormece de nuevo, lamentablemente). O puedes despertar también en medio de esos tres condados y no tener otro remedio que no ser más que un punto aumentado en ninguna parte. Pero el aumentativo no es bueno ni es malo, aunque es claro que puede darte felicidad o hundirte en la tragedia. ¿De qué depende? No sé, no a todos nos toca la suerte de la misma manera.

Francisco Suniaga

Escribir sin miedo

El cataclismo causado por los bárbaros del siglo XXI rompió en pedazos la Venezuela que conocimos y tanto disfrutamos. Nada ha escapado a las asoladoras consecuencias de la estupidéz ideológica –si es que el resentimiento merece ese nombre– que los ha animado a arruinar la existencia de millones de venezolanos. Un cuarto de siglo después, frente a nosotros, menguados por carencias materiales, o simplemente por nuestras edades, solo tenemos la incertidumbre de un camino desconocido.

No estamos desnudos para recorrerlo, habría que acotar. Contamos con la resistente condición humana de la nación que somos. Cada día leemos alguna nota en medios o redes donde se destacan los éxitos de venezolanos, jóvenes profesionales la mayoría de ellos, en los campos más elevados y competidos del mundo. Y la alegría nos llena y fortalece el alma. Ojalá hubiera manera de conocer también a los cientos de miles de héroes anónimos que han cruzado el Darién, el río Grande o el Atacama para culminar sus epopeyas con un modesto trabajo y salvar del hambre a sus familias. Entre esos dos extremos yace una nación a la espera del final de la tormenta.

También contamos con nuestros sueños; ese lenguaje con el que Dios nos susurra esperanzas. Si nos abrazamos a ellos, cualesquiera sean las circunstancias, se concretan y cambian nuestra existencia. En 2005, con la publicación de mi primera novela, comenzó a realizarse el mío y mi vida dio un giro. Aferrado a ese sueño, hace dos años llegué a Berlín y, después, quizás sobre las mismas huellas de trashumantes de otras eras, alcancé la costa de España. Aquí vivo, oteando el horizonte con la esperanza de que pronto he de regresar y, frente al mar de Margarita, donde está mi casa, como otrora, volveré a escribir sin miedo.

Gabriel Payares

Caracas, 1998-2023

En 1998 las cosas cambiaron drásticamente. El mundo seguro y reducido que conocí durante mi infancia cedió lugar a otro más amplio y complejo, más riesgoso y feliz. Ese año entré a la boyante y caótica Universidad Central de Venezuela, la misma en donde mis padres trabajaron toda la vida. Tenía dieciséis años, jamás me habían besado y recién había aprendido a fumar; aun así, debía decidir a qué dedicar el resto de mis días. Mi hermano mayor era computista y a mí me gustaban los videojuegos, así que supuse que yo también lo sería. Naturalmente, me equivoqué.

Sin embargo, fue un error relativamente feliz. En ese nuevo lugar descubrí que no estaba tan solo: que había otros que pensaban como yo, que sentían como yo, que había formas distintas de ser diferente. Allí tuve mis primeros amores, mis primeras aventuras y mis primeros miedos reales. Ese fue mi refugio mientras el mundo a mi alrededor mudaba de piel: mientras cambiaban de nombre al país, mis padres se separaban y la casa en que vivimos quedaba vacía, dormida, a merced de los fantasmas.

Veinticinco años después, ocurrió algo parecido. Con cuarenta años cumplidos fui de visita a la Facultad de Ciencias, donde estuve un año intentando una carrera, y a la Escuela de Letras donde finalmente lo conseguí. Y en esa oportunidad estuvieron allí los fantasmas: los pasillos desiertos, melancólicos, las aulas iguales pero distintas, ajenas al bullicioso hogar que alguna vez me ofrecieron. En el Instituto de Zoolo-gía, los mismos esqueletos de mi infancia: danta, jaguar, pingüino. Los sentí tan míos que dolió dejarlos allí.

Cuando mayo agonizaba, regresé a Buenos Aires. Había viajado de un país extranjero a otro distinto y tenía la impresión de haber dejado algo importante en el camino. Como escribe Sándor Márai, la casa de la infancia forma parte siempre de la escena del crimen.

Gehard Cartay Ramírez

25 años después, aquella Venezuela que vivimos hasta 1998 no existe. Nuestras experiencias de entonces son apenas recuerdos de un país que apuntaba hacia logros y desafíos mayores, a pesar de los problemas que confrontaba, pequeños al lado de las conquistas logradas desde 1959, y minúsculos si se los compara con los que hoy sufrimos por obra del régimen instalado en el poder desde hace ya un cuarto de siglo.

Mi generación –surgida en 1968, cuando se produce la primera transmisión democrática del poder por parte del partido entonces en el gobierno a otro partido que lo ganó electoralmente siendo oposición, algo inédito en nuestra vida republicana– conoció entonces los alcances auspiciosos del sistema democrático.

Crecimos en todo este tiempo creyendo, tal vez ingenuamente, que sus posibilidades podían ser multiplicadas y hasta perfectibles, todo lo cual señalaba un camino de ascenso indetenible dentro de la larga lucha de los venezolanos por la superación de sus carencias de todo tipo. Tres décadas después de nuestra insurgencia en la vida política y en la lucha social, pudimos comprobar que estábamos equivocados en tal apreciación porque no supimos advertir –tampoco las generaciones anteriores, ni las posteriores– el peligro que representaban los enemigos de la democracia, hoy en el poder.

Ahora hemos retrocedido al menos 100 años y los daños del chavomadurismo en cualquier área, incluyendo las que afectan nuestra educación y cultura –es decir, a nuestros jóvenes–, parecieran irreversibles en el corto plazo, por lo que tocará a una o dos generaciones rescatar los logros de la *república civil* entre 1959 y 1998 y, por supuesto, superarlos en todo sentido. Porque no es poca cosa lo que ha hecho el actual régimen al destruir y saquear un país inmensamente rico, plétórico de posibilidades extraordinarias, y convertirlo en este otro, africanizado, lleno de gente empobrecida por ellos, y conducido por una cáfila de ladrones e incapaces.

25 años después ni resignación ni olvido.

Gerardo Vivas Pineda

Recortar melenas y resabios

Jesuitas de sotana y breviario colgaron una medalla en mi cuello y titularon mi bachillerato con un pergamino de colores. Mis padres, contentos y orgullosos, me regalaron un reloj Rolex Oyster Perpetual Date de acero que abrocharon en mi atónita muñeca. Era el año noticioso de 1971, cuando Venezuela cuadruplicaba campeones mundiales de boxeo y recién insinuaba la multiplicación de reinas de belleza irresistibles. El mundo adulto de la calle permitía usar el archifamoso cronómetro sin temor a los asaltos, al punto que relojes de oro de la misma marca transitaban por doquier. El mío había costado poco más de mil bolívares; los dorados sobrepasaban 30 mil dólares, con el dólar de ensoñación a 4,30 bolívares. Despreocupados, los caraqueños no hablábamos de inseguridad personal. En promedio solo había un secuestro individual por década. ¡Cómo cuesta creerlo!

Muy a nuestro pesar el plagio colectivo de la nación lo efectuaría, 30 años después, un estalinista cubano que –ironías de la vida– usaba tres modelos diferentes y muy capitalistas de Rolex y los regalaba a sus favoritos como salchichas en serie. Los enviaba a crear Viet Nams en toda Latinoamérica, como había propuesto un guerrillero extraviado que sucumbió a sus torpezas montañosas en un pueblito perdido del Alto Perú. La monumental falacia, escondida en la engañifa llamaba *revolución*, aterrizó en este país ilusionado por libertades históricas. Mi reloj de acero prefirió esconderse en lugar secreto, no fuera que me cortasen el brazo para arrebatarlo en la calle, o que remodelaciones oportunistas del experimento totalitario quisieran fusilar mi atrevimiento. Era costumbre del barbudo enamorado de los Rolex con quienes los habían recibido de regalo y se atrevían a malgastar sus órdenes. Pero la vida sigue dando trompos. Igual que los rockeros melencidos que al llegar a viejos se cortan la pelambre, no son pocos los ilusos pintados de rojo que echan la hoz y el martillo a la basura, al probar en propia carne el resabio del terror.

1999-2024: CÓMO HAN CAMBIADO NUESTRAS VIDAS (1/2)



Guillermo Barrios

Grietas, Brechas, Rupturas

En 2007, Doris Salcedo (Bogotá, 1958) —una de las artistas definitivas de la escena contemporánea del arte— invitada a exponer en la Tate Modern de Londres, fracturó a lo largo de 160 metros el hasta ese momento impecable piso de su Sala de Turbinas. Admiré entonces su arrojo y la potencia de su mensaje, en abierta confrontación con la idea del museo como immaculado templo de la belleza y, sobre todo su preclara referencia a la segregación social de todo tipo que marca al mundo actual. Me conmovió de inmediato, ver esa obra (*Shibboleth*, 2007) como una cruda representación de lo que se había gestado en Venezuela a partir de 1999, con el advenimiento del chavismo y la agresiva separación entre chavistas y oposición que enfrentó de manera cruel a los venezolanos, desde el propio seno de las familias, a todos los niveles de la sociedad.

Hoy día, ya avanzadas la “revolución bolivariana” y sus efectos devastadores, y la consecutiva etapa de éxodo que bien representara Teresa Margolies (Sinaloa, 1960) en su serie de obras sobre el cruce de migrantes venezolanos en la frontera con Colombia (*Estorbo*, Sala Nadie Nunca Nada No, Madrid, 2019), encontraría insuficiente esa representación de Salcedo. Las brechas de la sociedad venezolana no solo se han ensanchado sino que se han ramificado hacia adentro y fuera del país. Una derivación particularmente notoria de esa grieta, ya fuera del ámbito político y que tal vez no hemos querido reconocer, se ha abierto entre los que se han ido y los que se han quedado en el país. Fue duro en un momento de regreso a Caracas (la ciudad toda se ha convertido en una maraña de divisiones, marcada por las diferencias entre los que apenas sobreviven y quienes se han dado permiso para exhibir sin recato su opulencia) oír a alguien muy cercano devaluar mi opinión sobre una exposición que veíamos juntos, “...pues tú no vives acá”. Pensé entonces que la línea de Salcedo, entonces elocuente para mí, tendría hoy que transformarse en un verdadero delta de brechas y ranuras para ver a nuestra realidad actual representada allí.



Gustavo Valle

Todos estos años cambiaron nuestras vidas, pero sobre todo cambiaron nuestras muertes. O al menos la manera en que transitamos ese momento en que un ser querido, una amiga o un profesor admirado, nos abandona a miles de kilómetros de distancia y no hay forma de despedirnos porque estamos en otro país, al que nos fuimos entre otras cosas porque no entendimos el nuestro, o porque en algún momento nos sentimos ajenos y no vislumbramos más opción que la partida. Entonces tomamos otro rumbo, propiciamos otros cambios, y esa soga umbilical de la muerte, que nos succiona con su poder conmovedor hacia el lugar donde nacimos, se rompe, y el ritual que nos permite completar la historia con esa persona que tanto quisimos, se amputa y quedamos como cabo suelto en una especie de limbo, o como un final abierto en el lugar donde debería haber un final cerrado. Algo parecido nos va a ocurrir cuando llegue nuestro turno y nos preguntemos: ¿dónde quiero morir? ¿dónde diablos descansarán mis huesos o cenizas? ¿dónde persistirá mi epitafio? Perdonen la tristeza. Los epitafios han pasado de moda, pero no el rito de llevar flores a una tumba. Mis padres, también emigrantes, no alcanzaron a llevar flores a las lejanas tumbas de sus propios padres. Yo nunca llevé flores a las tumbas de mis abuelos. La emigración interrumpe esta liturgia en cadena, la sustituye por la negación o el olvido, y genera otros mecanismos de reconexión, a los que a veces no nos acostumbramos o no queremos acostumbrarnos. Pero no todo ángel es tan terrible. En su diario florentino, Rilke dice que “el artista que viene de un país desconocido y sombrío, de numerosos enigmas, se vuelve siempre más lúcido, más sereno, más seguro en su paso. Las cosas le son más familiares y todo para él es solo retorno, salvación y recuerdo”.



Harrys Salswach

Cada viernes, desde hace años, voy al Museo del Prado. Suelo entrar por la iglesia Los Jerónimos, en otoño es reconfortante. Quien no tenga idea, aunque sea vaga, de la cristiandad, se verá desorientado. Caminando, si esto le incomoda, llegará a esa tierra de la nada que es el Reina Sofía. Entre ambos museos, a pocos metros uno del otro, se abre un abismo. Restaurada por el equipo del Prado, *La Anunciación* de Fra Angelico llena de gozo a quien se detenga ante ella. Me rindo ante la hechura de los hombres cuando la humildad, el talento y la fe honran el mismísimo inicio de todo lo que somos.

En presencia de *La Anunciación* sucumbe toda ingeniería social. Tan pronto como queda atrás la aleatoria maldad comunista venezolana, nos encontramos con la legión socialdemócrata, la guardería a fuego lento del comunismo. En esta Europa desbordada, en esta España enferma de igualdad, todavía hay instancias inalcanzables para el Estado. La belleza no enrasa. La belleza que reconoce el alma y el alma que se aviva ante aquella no están sujetas a formularios administrativos. El dogma de la Encarnación es irritante para la estadolatría.

Del paraíso, el verdor (huerto de María) y las manos luminosas de Dios desde el cielo, la caída, la vergüenza y la expulsión, al anuncio, bajo un techo azul noble y estrellado junto al rostro del Señor misericordioso en la logia, la Virgen escucha al ángel Gabriel. Si miramos desde la nueva Eva, la luz del Espíritu Santo atraviesa el jardín y las columnas fuera del tiempo. El florentino plasmó con una belleza abrigadora y ascendente el pasaje del evangelio de Lucas que todavía conmueve. Todo exilio está orientado a la redención. Cada viernes, desde hace años, es la primera pintura que visito antes de la ronda habitual.



DE LA SERIE NIÑOS MINEROS / ©YRIS PAUL



Ignacio Ávalos Gutiérrez

El país roto (la niña y el gato)

I Abordo en estas cortas líneas la manera como vi estos últimos veinticinco años de la historia del país, dejando que la memoria evoque lo que sirva para expresar mi modo de percibir y sentir estos tiempos, bordados por la extremada politización de la sociedad, convertida en un manto que ha cubierto la vida de cualquier ciudadano de a pie.

II Así las cosas, este cuarto de siglo es, entonces, recordar la llegada de Hugo Chávez al poder, encarnando una gran esperanza para la mayoría de la población a través de un mensaje que, en el mejor estilo orwelliano, interpretaba a los sectores más vulnerables de la sociedad.

Es evocar la rapidez con la que renovó la dirigencia política y administrativa del país e indicar que al poco rato de estar en su despacho, el cielo lo bendijo elevando los precios del petróleo hasta niveles inusitados. Pudo, entonces, promover algunas políticas sociales, de carácter clientelar, y poco después anunciar que en Venezuela se implantaría el Socialismo del Siglo XXI, sustituto del proyecto comunista. La utilización del ingreso petrolero no fue la más acertada, hubo mucha épica y pocas nueces y al término de su mandato, la situación general del país no solo no había mejorado, sino que, en varios ámbitos, se vino a menos.

III Es mirar atrás y acordarse de que antes de su muerte, a comienzos del año 2013, designó como sucesor suyo a Nicolás Maduro, bajo cuya gestión el país se fue deteriorando a ojos vistas. Puesto en esas circunstancias, y al son de la retórica de la revolución socialista del siglo XXI, anunció, sin citar por su nombre, lógicamente, el desarrollo del capitalismo autoritario, modelo que se ha venido esparciendo por el mundo, cuyo icono es hoy en día China y que en nuestro país equivale a pocos espacios más bien comerciales, a los que solo puede acceder una microscópica parte de la población.

IV Es hablar, también, de que el período del chavismo-madurismo, carece de obras de las cuales presumir y que, por el contrario, describe a nuestra sociedad por la fragilidad institucional, la incertidumbre respecto al futuro, la percepción del “sálvese quien pueda”, la violencia en las relaciones interpersonales, la desprotección de las grandes mayorías, el irrespeto establecido, el debilitamiento de los mecanismos que regulan la convivencia colectiva, la erosión de la capacidad adquisitiva, el desempleo

y en general, las múltiples formas de fragilización del vínculo social que sufre a diario tanta gente.

Hablar de este cuarto de siglo es recordar, asimismo, que mientras tanto, desde la acera opositora, prevalecía el despiste político, expuesto en su poca capacidad para encarar y descifrar el escenario venezolano, contribuyendo una dañina polarización política, creando un ambiente en el que el diálogo brilló por su ausencia.

En suma, hablar de esta etapa histórica es insistir en la urgencia de reivindicar el lenguaje como herramienta para lograr la convivencia, a través de mecanismos que disuelven los conflictos y permiten los indispensables consensos, pues como se ha vuelto frecuente señalar, “la política es una forma de hacer cosas con palabras”.

V Pasando esta narración al plano personal diría que en esta época tan tormentosa he intentado mantener mi forma de vida, haciéndole los ajustes, para nada menores, que resultaban necesarios. En función de ello, mantuve la “filosofía” de “entrarle a la vida de la doto”, adoptada desde niño, lo que no significa ignorarla o evadirla, sino driblarla, en el sentido futbolístico del término.

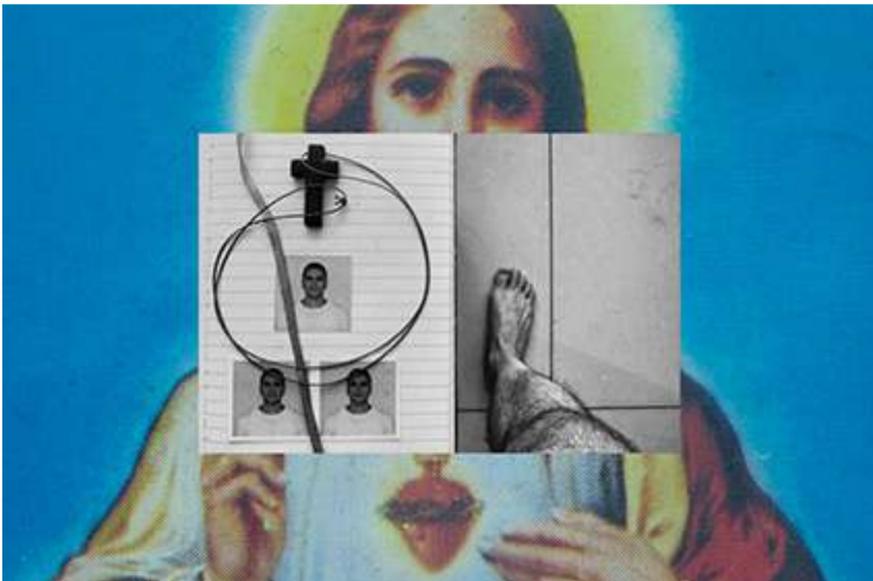
En lo que respecta a mi actividad laboral sigo siendo profesor, a tiempo parcial, de la UCV y testigo, por tanto, de su increíble desmejora y, visto el monto de mi sueldo, pienso que he pasado a la categoría de personal ad honorem. Desde hace muchos años trabajo por mi cuenta, matando tigres, como se dice en el argot profesional, pero debido a la escasez de estos animales, ahora dependo de conejitos, ratones y animalitos por el estilo que, desde luego, no generan, ni de lejos, las mismas utilidades.

VI Resumen, pues, sosteniendo que nuestra sociedad se encuentra mal no solo por lo que revelan los diagnósticos, sus análisis y estadísticas, sino también, por lo que siente cualquier ciudadano en su propio pellejo. Permítaseme contar este incidente, hace tiempo iba caminando por una calle del este de Caracas y me toco observar la feroz pelea entre una niña que no llegaba a los diez años de edad y un gato, ella le lanzaba patadas y el felino buscaba morderla y arañarla, disputando la comida amontonada en un basurero. Lo que asusta y duele es que, desde entonces he visto demasiadas escenas casi iguales, a las que se suman otros episodios, distintos pero semejantes en cuanto a la dosis de tristeza, dolor, indignación e inclusive la arrechera que generan.

Me resulta imposible no contar que entre de los ocho millones de venezolanos que han preferido emigrar a otras partes, figuran hijos, nietos, y sobrinos, así como otros familiares cercanos, innumerables amigos e incluso unos cuantos alumnos en la universidad.

Me atormenta observar que mientras pasa lo que pasa en Venezuela, el planeta globalizado del siglo XXI sigue asomando los nuevos códigos, muy diferentes a los del siglo anterior, que van pautando la evolución del mundo, mediante transformaciones que aluden a los cientos sobre los que se va asentando la vida de los terrícolas.

VII En fin, nuestro país lleva demasiado tiempo sumido en una discordia forjada desde la lucha por el poder. Somos un país roto. Llegó el momento de invocar el espíritu de la reconciliación. Ojalá lo hagamos, tenemos mucho con qué, dice uno, siempre reacio a tirar la toalla, cuando de esperanzas se trata.



DE LA SERIE EXILIO EN SOLEDAD / ©KREMLIN PRIETO

1999-2024: CÓMO HAN CAMBIADO NUESTRAS VIDAS (1/2)

Irene María De Sousa

Hace 25 años

En la memoria de la niñez quedan grabados de forma indeleble muchos hechos, bueno, al menos ese es mi caso, mi capacidad para recordar puede ser mi mejor recurso o el más pesado, según lo determine la coyuntura.

Hace 25 años era una niña de 7, el 6 de diciembre de 1998 parecían unos de esos días que los niños reconocen como extraordinarios porque los adultos cambian sus hábitos, se reúnen, y hasta hablan de más... Mi madre se puso una camisa blanca, impecablemente planchada (planchar perfectamente es una habilidad que aún sigue siendo sorprendente para mí), acto seguido salió y regresó al atardecer.

La vi discutir con un hermano que estaba ilusionado con mentiras que yo en ese momento no alcanzaba a comprender. Al anochecer, escuché dos cosas: el sonido de la pólvora y las sabias palabras de mi madre: "Hemos perdido a Venezuela". Era una niña, pero pude entender lo que eso significaba porque sentí un profundo miedo, después vi en la televisión a un hombre que vociferaba y usaba boina roja, esa imagen se hizo recurrente durante los próximos 14 años de mi vida.

Muchos jóvenes esperan ansiosos sus 18 años para salir más y tener mayor libertad personal, yo anhelaba dos cosas: inscribirme para votar en contra del hombre de la boina y participar en un partido político opositor. Así lo hice, en el año 2010 también usé una camisa blanca y voté para rechazar el despotismo y la mediocridad, en lo sucesivo trabajé contra esa tirana realidad, y un día, inevitablemente me convertí en resistente.

Hoy, vivo en el exilio como consecuencia de ello, pero cada mañana cuando me cepillo frente al espejo tengo la certeza de que he hecho algo bueno, creo que mi madre también ha hecho algo bueno.



Isaac López

Inventario y avalúo

Los cambios en las sociedades, dicen los historiadores, se producen de muchas formas. Los hay drásticos y radicales, pero también progresivos y retardados. Y no todo transfigura simultáneamente. Al mudar un tiempo, siempre quedarán secuelas, fragmentos del tiempo anterior. ¿Cuánto hemos cambiado en este cuarto de siglo? Intolerancia fundamentalista, guerra que creíamos superada, mundo globalizado por las redes, estupidez de la vida, trepadorismo y mediocridad. Miguel Ángel Campos cuelga cartel sobre las ruinas de la casa: Genocidio. 23 años antes, Ana Teresa Torres mostraba dificultades del venezolano para tratar con el sufrimiento: posposición del duelo, idealización del porvenir, astucias de evasión.

La rapiña contenida una y otra vez desde enero de 1958, al fin se abalanzó sobre el botín. No es patria, es negocio. Escapan millones, el resto asume los despojos. ¿Cómo se miden dolor, lágrimas, motivos de ausencia? ¿Afrentas al país humillado? Se embellecen momentos de irresponsabilidad. Desvarío. Todos llevamos herida en el costado. Los responsables sonríen. Después de la guerra, cómo se reencuentran víctimas y victimarios.

Cuánto hemos cambiado en estos 25 años se observa en lo esencial: muchos comen dos veces al día, muchos se mueren de hambre. Matan también ríos, naturaleza. Los servicios públicos, alcanzados como aspiración de varias generaciones, son el caos cotidiano. El miedo se instaló en cada tramo de la vida, y la inseguridad no es solo cifras oscuras. En el desbordamiento del habla, vocería grotesca con la que intentamos comunicarnos. El detrimento de la condición gentil se observa también en anarquía del tránsito vehicular, y sanción de los tratos, normalización de *la matraca* en oficinas y alcabalas. Imparable inflación y escasa estadística universitaria. Intentamos crear espacios gratos, domeñar resentimiento. Cada quien vive un exilio. Solos. Ya no somos los mismos, inmersos en el diario ejercicio de resistir.

Ivana Aponte

Cuando Hugo Chávez llegó al poder, yo tenía 8 años. A esa edad no tenía conciencia política. Sin embargo, al escucharlo en la televisión, sentí que él no era una buena persona.

*

Según un reporte de La Gran Aldea, "entre 2000 y 2020 hubo más de 100 mil protestas en Venezuela". Crecí viendo y escuchando el progresivo malestar social contra Chávez, su régimen, sus simpatizantes y su legado. Con los años me percaté del aumento de los ataques contra la democracia y los derechos humanos. Vi cómo el odio empezaba con palabras y terminaba con bombas lacrimógenas y balas.

*

En febrero de 2003, el periódico *Últimas Noticias* publicó una larga lista de los trabajadores que fueron despedidos de PDVSA por orden de Chávez. El nombre de mi padre está allí. Tengo un ejemplar de esa edición del diario.

Mi padre apareció en la Lista Tascón. El nombre de mi madre también quedó registrado.

*

En 2014, mi abuela fue hospitalizada en San Fernando de Apure debido a una fractura de cadera. Viajé desde Caracas para acompañarla. Estábamos en un recinto que no tenía aire acondicionado, donde yo espantaba las moscas para que no se pararan sobre su pierna enyesada. Sus "hermanos" testigos de Jehová y yo tuvimos que ir a una farmacia para comprarle vendas nuevas, pues las que había recibido en el hospital habían sido robadas. Ese año fue el inicio de la emergencia humanitaria compleja, que desde entonces ha sido negada y tergiversada por el chavismo.

*

De acuerdo con la Plataforma de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes (R4V), hasta el 30 de noviembre de 2023 la cifra de refugiados y migrantes venezolanos en el mundo es de 7.722.579. Soy parte de esa diáspora, de ese desplazamiento forzado que provocó el legado de Chávez.



Jairo Rojas Rojas

Geometría de la grieta

Estamos en el año 2014, y me encuentro en Caracas. Es de madrugada, y escribo sin prestar atención al tono de esa ráfaga de palabras que van quedando en la página. ¿Un diario? ¿Una crónica? No importa; lo relevante del acto es que mi cuerpo recupere el sosiego. He viajado desde Mérida a la capital en busca de oportunidades laborales que mi ciudad natal no puede ofrecerme. He salido de una ciudad que ha cambiado su faz debido a las largas colas por la escasez de alimentos, los dilatados e imprevisibles cortes de luz que pueden extenderse hasta 6 horas por jornada, las protestas continuas que hacen frente al maltrato del gobierno chavista, pero que solo reciben represión, un escenario donde se vive bajo los designios de una inflación que parece no tener cumbre. En Caracas, el panorama no cambia mucho, o no lo suficiente para mis deseos. Lo que sí cambia es mi salud mental, alterada por ese paisaje social opresivo y una angustia, antes desconocida para mí, que ahora arremete con toda su fuerza dejando señales en mi cuerpo. Entonces escribo, desconociendo que serán las últimas páginas escritas en Venezuela y que un año después estaré arribando a Montevideo sin ningún plan. Todos esos textos verán la luz en un libro titulado *Geometría de la grieta* (2020) publicado por el Taller Blanco y disponible en la web. Un libro que da cuenta del resquebrajo de mis anhelos a fuerza de carestía, violencia y desamparo. Hijo de la diáspora, camino entre dos tierras, y mucho de lo que escribiré a partir de ahí tiene que ver con un mundo ya inexistente donde fui feliz y un nuevo panorama forjado por la migración. La poesía revive mi mundo perdido y recrea la otra casa que me ampara.



Javier Conde

Voy perdiendo

Vivo solo en una villa de la Galicia profunda. En los días grises hablo con las paredes. Se acerca el invierno y las mañanas de menos cinco grados. Escribo mucho, con suerte desigual. Gano poco. Hablo, dije, con las paredes. También con la cajera del súper, con Fran, el barbero, y con Randy, un amigo venezolano dispuesto a dejarse la piel por su familia y por él.

El WhatsApp es mi pan de cada día también. Menos mal. Largas conversas en las que creo que atosigo a mi oyente de turno. Me lo dicen, prometo corregir, vuelvo al palabrerío. Pero vienen ideas. La agenda la pone la política. Esos tipos abrazados al poder de la Moncloa o de Miraflores. De la abrumada Casa Rosada al Palacio de Nariño, por donde Petro también parece hablar con las paredes, que le rebotan que es el más sabio, el más guapo y el que mira más lejos.

Emigré con 8 años de la mano de mi madre Esther desde una aldea gallega labriega y marinera de medio centenar de gentes, al barrio de Chacao, de edificios y autos y su jerga de idiomas y dialectos. Algo o mucho de mí se quedó en aquella casa sin calefacción ni televisión ni nevera.

He vuelto medio siglo después. Ya no soy de aquí. Pero me adapto, que es lo que mejor he hecho en la vida. Con sus pequeñas heridas.

Escribo todos los días, repito. Ahora mismo desde un tren que me lleva a Vigo, donde vive la prima Rosa, que es la misma de mi infancia de mocos y pantalones cortos. Me contenta lo que pongo en la pantalla del ordenador. Estoy pendiente del clima, del alza de los precios, ahorro en el consumo energético, no tomo ni un café en la calle. Quizás uno que otro, sí. Vendo palabras y las taso contra el precio de un filete. Voy perdiendo.



Jesús Montoya

Debo decir que estos casi 25 años son prácticamente la totalización de mis años de vida, pues acabé de cumplir 30. Eso quiere decir que en el momento de transición gubernamental de 1999 yo aún era un niño. Lo único que recuerdo fue una especie de simulacro que hicieron en el jardín de infancia sobre el asunto: el devenir fue estruendoso. No sé si quiera enumerar todas las cosas que viví como estudiante universitario en Mérida en el período de 2012 a 2017, pero me siento un sobreviviente. Graduarme para mí, y para muchos de mi generación, fue una forma de escapar de la barbarie, como si eso fuese a salvarnos. Y lo digo porque quienes nos fuimos sabemos bien lo que eso representa. En mi caso, una lengua mutilada, hecha de materias que voy recogiendo para intentar reconstruir eso que llamamos "país", "casa", "territorio". 25 años, se dice fácil, pero son, lo repito, casi la totalidad de mi vida. La fuga como solución continúa. Brasil, desde donde escribo, es un país cuyo índice de refugiados está compuesto en su mayoría por venezolanos. No sé si sea muy osado decir que el portuñol estará más orientado hacia una matriz del caribe que hacia la triple frontera, que quizá tengamos otros *Mares Paraguayos*, pensando en Wilson Bueno, y que eso sea producto de la presencia de diversas voces jóvenes de la poesía venezolana en este país, que ya adoptan la rotura lingüística como una forma de vida. Somos voces aisladas, no estamos ni pertenecemos a un sistema literario definido, pero andamos con nuestros harapos bifidos. Mi testimonio es mi partida, mi poesía, mi salvación en un mundo convulso, en guerra, contaminado, aún creo que es posible devolver algo de la sutil belleza que marcha entre una palabra de la Tierra para sustentarnos en el tiempo.



OBRA / TALLER EXPERIMENTAL